

**EL TIEMPO SIENDO Y HACIÉNDOSE CON
ENREDOS Y RESABIOS. ANTROPOLOGÍA DEL
TIEMPO EN QUINCHÍA, RISARALDA.**

MARÍA CAMILA ARICAPA ALFONSO

El tiempo siendo y haciéndose con enredos y resabios. Antropología del tiempo en Quinchía, Risaralda.

María Camila Aricapa Alfonso

Trabajo de investigación presentado como requisito parcial para optar al título de:
Antropóloga

Director:

Magíster en Antropología Social, Luis Alberto Suárez Guava

Universidad de Caldas

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Departamento de Antropología y Sociología

Manizales, Colombia

2021

A mi familia, en especial a mi madre y a mi hermano.

Agradecimientos

Le agradezco a mi madre, su generosidad, amabilidad y persistencia fueron los principios que tome para criarme como persona. A mi hermano, su melosería y humor me llenaron de vida en los días más solitarios y pesados.

A Ariel Aricapa por sus enseñanzas del tiempo y sus continuas historias del municipio y de las luchas campesinas. A Adela Guarumo por levantarme a punta de panela, maíz, arepas y almuerzos cargados en los días de trabajo, por contarme los resabios campesinos que le enseñaron sus viejos y por haber sido una madre todo el tiempo que estuve allí. A Ivonne y Billy, por enseñarme a trabajar en el trapiche, por cuidarme en los caminos pesados y mantenerme protegida de las vacilaciones del tiempo. A Nelfa Aricapa y Azalón, por recibirme en medio de días calurosos y tempestuosos para hablar de la familia y de lo que nos dejaron. A Manuel Manso y doña Orfa Aricapa, por recibirme en su casa y conectarme con todos los Aricapa de Quinchía. A ellos, a mi familia de Quinchía, les agradezco por compartirme sus vidas y conocimientos, por enseñarme a bregarle a la vida y a enredarme con las gentes y bichos con los que se comparte el trabajo.

A Christian Camilo Restrepo, por sus continuas lecturas, sus certeros comentarios y sus fuertes críticas, por las tardes y noches de largas charlas sobre el tiempo, el mundo y las gentes, por siempre estar ahí cuando necesité resolver problemas y contradicciones. Gracias a él, este trabajo y la antropología cogieron sentido. Gracias a él, me crié como persona más honesta y sensible.

A Daniel Valencia, por su acompañamiento incondicional en momentos críticos y su apoyo sincero. Las tintiadas en la Universidad, las charlas después de clase, los rumores de pasillo y sus constantes enseñanzas me dieron fuerza y le dieron vida a este trabajo.

A Leidy Peralta, su amistad y cariño fueron un motor para seguir. Las tardes de estudio, los almuerzos compartidos, las charlas tediosas, las risas indiscretas y los lloriqueos inexplicables, fueron tan necesarias y tan indispensables para sobrellevar la vida, que no me imagino sin ella.

A Ana María Rodríguez, Claudia Charfuelán, David Marulanda, Gentil Sánchez, Janneth Taimal y Yorely Quiguntar, mis compañeras y compañeros del grupo de tesis. Gracias a ellos aprendí a ver un mundo que está vivo y se está criando con las gentes que lo habitan. Gracias a sus lecturas recurrentes y sus generosos comentarios, este trabajo cogió forma y vida.

A Luis Alberto Suárez Guava, por enseñarme una forma de ver y hacer antropología más honesta con las gentes que nos crían en campo y nos dejan compartir sus vidas, por sus juiciosas lecturas, sus largos comentarios y sus continuas enseñanzas.

Les agradezco infinitamente a todos por enredarse conmigo y por criarme como persona y antropóloga.

Contenido

	Pág.
Lista de figuras.....	VIII
Introducción	1
Proceso de investigación	1
El tiempo en la antropología	4
El tiempo como enredo	7
Los enredos de este trabajo.....	12
Los resabios del tiempo	15
Del bochorno al fresquito	17
De lluvias espantabobos a soles picantes.....	23
De atrasos a tempestades	27
¡Este sí que es resabiado!	31
Los resabios campesinos.....	33
Llamadas de lluvias o peticiones de agua.....	34
Las quemas.....	34
El grillo y el sapo	36
Misas, cruces y velones	38
Cortadas de lluvia o conjuradas de tempestades.....	41
La sal en la teja	41
Cruces, ramos y niños.....	44
¡Briéguele!	47
Lo caliente: enredos melosos y violentos	49
Desde la carretera	49
Las galleras	52
Una crianza tierna pero melosa	55
La pelea.....	59
Cierre.....	65
Consideraciones finales	71
Más allá del carácter social del tiempo.....	73
Bibliografía	77

Lista de figuras

	Pág.
Fotografía 1. El horno haciendo hervir la miel de las pailas. Vereda Santa Cecilia, Quinchía. María Camila Aricapa (2019).....	17
Fotografía 2. Un domingo con mañana enubada en la cabecera municipal. María Camila Aricapa (2019).....	23
Fotografía 3. El Cerro Opiramá en un día de sol picante. Vereda Santa Cecilia, Quinchía. María Camila Aricapa (2019).....	27

Introducción

En Quinchía el tiempo va *haciéndose* con las quemas que hacen los campesinos, con los chillidos que botan los sapos y los niños, con la sal asándose al carbón, con las cruces enterradas por los lados de las fincas, con las quemas de ramos bendecidos, con los rezos que lanzan las gentes arrodilladas al lado de las camas o con esas que van rodiando los cultivos. Por todos esos lazos que va tejiendo con los campesinos quinchieños, con animales como sapos, grillos, chicharras y yeguas, y con cosas como las aguas, los cerros, los ramos y las cruces, se argumenta que el tiempo es un enredo. Lo cual supone, inicialmente, que no es algo que se haga de forma aislada, sino que se cría en junta, en compañía de esas otras gentes y cosas con las que comparte el mundo. Supone también que es algo que está siendo, algo que emerge de forma continua debido a esos lazos que va tejiendo. Lo que ha llevado a decir que tiene temperamento, que a veces se muestra como cambios bruscos, que los campesinos llaman resabios, y a veces como estado de ánimo que genera o es generado por otras cosas vivas que se están haciendo con él.

El tiempo siendo y haciéndose como enredo y resabio y entre enredos y resabios es lo que muestra este trabajo de grado a lo largo de tres capítulos. El primero enseña cómo es que el tiempo es resabiado por los cambios diarios que suscita y lo que ello implica en el quehacer campesino. En el segundo se cuentan algunas mañan que han aprendido los campesinos para hacerle frente a los resabios del tiempo. Y, finalmente, en el tercero se muestra cómo se hace lo caliente, contando parte de la vida y crianza de dos especies compañeras, mi tío Lisandro y su gallo, el Tominejo.

Proceso de investigación

En el lado izquierdo de una de las orillas del río Cauca, al nororiente del departamento de Risaralda, se encuentra el municipio de Quinchía. Comienza con Irra, la parte más baja y calurosa de Quinchía, a unos 835 metros sobre el nivel del mar, y sube hasta lo más frío con el pico del cerro Batero que cuenta con más de 2200 metros sobre el nivel del mar. De

ahí se estira en todas las direcciones hasta limitar las ochenta y un veredas y cuatro corregimientos que le dan forma, y sus 149,8 km² de extensión territorial.

Llegué allí pensando en mi familia. Todos mis parientes paternos crecieron y se criaron en Santa Cecilia, una de sus veredas. Debido a la violencia que se vivió en el municipio a costas de grupos armados, específicamente del Ejército Popular de Liberación, todos resultaron viviendo en Manizales. Y por las condiciones en las que salieron de allí, nunca se llegaba a hablar del pueblo ni se escuchaban cuentos de crianza, esas historias que le recuerdan a uno todas las cosas y personas que lo levantaron, que le fueron dando forma. Así, cuando llegó la hora de elegir dónde ‘hacer campo’, decidí irme a conocer esos parientes lejanos y esas tierras escarpadas. Mi pregunta de investigación veía al tiempo como un hecho social, como una cosa construida por los humanos, como lo asumieron la mayor parte de antropólogas y antropólogos que había leído hasta el momento, por lo que mi objetivo era describir ese hecho social, contar cómo era el tiempo entre los quinchieños. Así, las primeras semanas me las pasé en la Casa de la Cultura, rodeada por libros más que por personas, intentando ver el ‘tiempo estructural’ de Quinchía en sus libros históricos. Pero fue la familia Aricapa quien me comenzó a mostrar un tiempo que no estaba consignado en los libros, sino que se vivía día a día con las nubes que tapan los cerros, los fríos que entumen, el bochorno que escurre y las lluvias que lo vacilan a uno. Con ellos, con el trabajo de campo y con autores que se distanciaban radicalmente del paradigma constructivista -como Haraway (2017, 2019) e Ingold (2018)-, fue que comencé a dejar atrás esa forma cerrada y dogmática de ver el tiempo y comencé a vivirlo, sentirlo y compartirlo con quienes estaban allí compartiéndome sus vidas y sus conocimientos.

El primero que me recibió fue el primo Manuel Manzo, con su hija Michel y su madre, doña Orfa. Estuve con ellos en la cabecera municipal, en una casa por los lados del estadio, entre abril y mayo de 2019. En idas y vueltas, conocí a la tía Flor, que me llevó a conocer a todos los Aricapa del municipio y me enseñó varias mañas en contra de la brujería. En ese mismo tiempo estuve visitando a Nelfa y a su esposo Azalón, quienes me enseñaron que los cerros braman avisando tempestades y las mañas que los ‘viejos’ les enseñaron para sobrellevar esos resabios del tiempo.

Luego resulté en Santa Cecilia, entre junio y julio de 2019, acogida por la familia Aricapa Guarumo. Ellos me enseñaron sus quehaceres diarios y las formas en las que

sobrellevaban la vida. Con Adela aprendí a cogerle cariño a la cocina, porque es allá donde las mujeres pueden ‘soltar la lengua’ y darse sus gustitos. Haciendo arepas de yuca, tamales, natilla de maíz, almuerzos y comidas, picando, echando chismes y cuentos, Adela me enseñó la importancia del fogón en el campo, pues es allá dónde se cuenta lo que se hizo durante el día, pero también donde se reprende y se tratan asuntos familiares. Con Ariel aprendí a darle vuelta a los cultivos y a echarle ojo a los gallos, además de algo de historia del municipio y de las luchas campesinas. Con Carlos aprendí a echarle ojo a las piedras que rondan los cerros, porque en ellas se cuenta dónde es que se escondieron las guacas. Con Ivonne aprendí a distinguir los lugares pesados, casi siempre guaduales, en donde viven los ‘duendes’ y juegan con uno, envolotándolo por pasar a mala hora. Con Billy aprendí a cortar caña, a distinguirla por sus colores, a hacer guarapo, a disfrutarlo en los días de bochorno y a volverlo miel para luego melcocharlo hasta hacer panela. Con Gitana, la yegua de Billy, aprendí lo pesado que se vuelve uno en los días bochornosos haciendo funcionar el molino para sacar guarapo. Con todos ellos aprendí a ver los resabios del clima, que aquel sapo sabe avisar, al igual que aquella chicharra, que las nubes cuentan cómo va a ser el día y que enredándose con otros bichos se le puede montar disputa al tiempo. En el día a día acompañado por la familia fue que aprendí algo de la vida campesina, de sus quehaceres y sus padecimientos.

Debido a compromisos con la Universidad tuve que volver de forma recurrente a Manizales. Por lo que ‘mi campo’ no se extendió el tiempo que tenía planeado inicialmente. Y cuando estuve libre de compromisos y quise aprender más de mi familia en Quinchía, llegó el Covid-19. Por ello, intentando complementar los aprendizajes del tiempo en el mundo campesino, añadí en este trabajo dos referentes etnográficos en los que se tratan los resabios del tiempo en la vida campesina y resabios campesinos en la vida del tiempo. Así, los nahuas de la Sierra de Texcoco (David Lorente y Fernández, 2011) y los aymaras del altiplano boliviano (Van den Berg, 1989) nos irán contando, junto a los quinchieños, cómo fueron enredándose con el tiempo para poder llevar la vida y seguirse -y seguirla-reproduciendo. La elección de esto dos referentes no es arbitraria, al contrario, su elección responde a dos aspectos. El primero es que son trabajos con una enorme cantidad de detalles etnográficos. Y, aunque su forma de ver el tiempo y de tratarlo difiere de la mía, son los que mejor cuentan los enredos de los que va surgiendo el tiempo, dándole lugar tanto a los campesinos como a los animales, sustancias y materiales de los que aquel va emergiendo. El segundo, es que trabajan con gentes campesinas y le dan lugar a lo que

ellos han aprendido al enredarse con el tiempo. Aunque lo que saben los campesinos es usado por ellos para sustentar premisas culturalistas, sigue teniendo un lugar, se muestra a lo largo de sus trabajos, cosa que a veces es difícil encontrar en trabajos etnográficos. Así, los nahuas y los aymaras se unen a los quinchieños como campesinos que fueron aprendiendo del tiempo, fueron enredándose con él y con otros bichos, para poder llevar la vida.

El tiempo en la antropología

El tiempo no ha sido un tema ajeno a la antropología, aparece en gran parte de la literatura etnográfica, ya sea como notas de campo sobre el 'clima', como el motor del parentesco, como 'telón de fondo' en los procesos de producción o como eso que le da forma al calendario agrícola. Indirectamente, ha sido un tema transversal. Hasta que llegaron autores como Hubert y Mauss (1949) e hicieron del tiempo un tema a discutir en la antropología.

Dichos autores, pioneros además, comenzaron a preguntarse por la forma que tomaba el tiempo en los 'actos rituales'. El tiempo no se veía como algo continuo, homogéneo y cuantificable. Al contrario, parecía escaparse de la regularidad y de los intentos de medición. Ese tiempo que sucedía allí, 'tiempo sagrado' lo llamaron, no estaba ligado a la duración de los acontecimientos sino a los acontecimientos mismos y a su calidad. Lo que le daba forma, según estos autores, a ese tiempo sagrado era lo que acontecía en ellos y los atributos que se le daban, no su extensión o duración. Pero, ¿qué miden entonces los calendarios? Tiempos sagrados y profanos, dicen ellos. Serían sus ritmos y contrastes lo que terminaría dándole forma a esos 'calendarios'. Y ahondando más en el asunto llegan a afirmar que sería ese tiempo sagrado, en tanto 'convención' o 'esfuerzo cultural', el que marca los ritmos de la 'vida social', no los fenómenos naturales y astronómicos que parecían ser cíclicos. Esos supuestos ciclos, dicen ellos, terminan siendo irregulares, demasiado fluctuantes, como para darle forma a los calendarios. A lo sumo, esos 'ciclos' le darían fuerza o autoridad a las 'convenciones'. A lo que llegaron estos autores, y que posteriormente asumirían otras antropólogas y antropólogos, es que el tiempo, en tanto 'esquema', termina siendo una 'construcción social' más que un esquema natural dado por ciertos fenómenos ambientales.

Por ese mismo lado coge Leach (1971). Quien, atraído por la afirmación de Hubert y Mauss (1949) del tiempo como ‘construcción social’, se pregunta por cómo es que se ‘experimenta’. Dos son los aportes que hace al estudio del tiempo. Inicialmente dice que en sociedades occidentales el tiempo se experimenta de forma circularidad y de forma linealidad. La primera se mostraría por medio de esos fenómenos que se repiten, que encuentran un ciclo en su continuo retorno. La segunda daría cuenta de la naturaleza irreversible del tiempo, de la finitud. Y aunque las dos se enredarían en la experiencia cotidiana del tiempo, habría una que prima. Tendríamos, dice Leach, una aversión psicológica a la idea de muerte o fin. De ahí que elijamos pensar el tiempo de forma circular, como ‘un eterno retorno’, y no como algo finito. Luego, tomando el mito de Cronos, las fiestas que marcan los calendarios anuales y las fases de los ritos de paso, llega a afirmar que el tiempo en dichas sociedades no se experimenta de forma circular sino como algo ‘discontinuo’, como un movimiento u oscilación entre polos opuestos, como una “discontinuidad de contrastes repetidos” (p. 207). Día/noche, vida/muerte, tiempo sagrado/tiempo profano. Serían esos contrastes, la inversión del orden que hay en ellos y su retorno, lo que le daría forma a los ‘actos rituales’ en sociedades ‘no-occidentales’.

Luego aparece Gell (1992), quien oponiéndose a la idea de ‘discontinuidad’ e ‘inversión’, ofrece otra explicación del tiempo en los ‘actos rituales’. Lo que se presenta como discontinuidad para Leach, para Gell es una muestra de las contradicciones del concepto ‘tiempo’. Habría, según Gell (1992), dos formas en las que se presenta el tiempo: una diacrónica y una sincrónica. En la primera el tiempo se ve como algo que ocurre, como eso que les sucede a las cosas y las hace pasar de un antes a un después. La segunda, al contrario, mostraría cierta quietud. El tiempo como algo sincrónico les mostraría a las gentes sus posibilidades de ser y las posiciones que podría ocupar en la ‘estructura social’. Acompañado de los Umeda de Papúa Nueva Guinea cuenta cómo en sus danzas *Ida*, no se da una inversión del orden ni del tiempo, sino que se refuerza la ‘convención’, se refuerza el ‘orden social’ de esas gentes y las posibilidades de ser que tienen allí. El tiempo en los ‘actos rituales’ tendría como función asegurar que la continuidad de las convenciones, la continuidad del orden.

El tiempo como esa cosa que da orden o que permite el orden entre sociedades ya había sido discutido por otros autores, no desde los ‘actos rituales’ sino de forma más general, como eso que le da ritmo a la ‘vida social’. Fueron Mauss & Beuchat (1971) y Evans-

Pritchard (1977) quienes mostraron cómo es que el tiempo está ligado con la 'estructura social'. Mauss & Beuchat (1971), se preguntan por las variaciones en la 'morfología social' de los esquimales. Lo más evidente era que las variaciones en su organización social respondían a los cambios estacionales a los que se veían sometidos. Los esquimales se agrupaban o dispersaban de acuerdo al invierno o al verano, al deshielo y helamiento. En invierno vivían cercanos unos de otros, en verano se alejaban y formaban campamentos dispersos. Y no sólo cambiaba el lugar de residencia, también otros aspectos 'sociales', parentesco, propiedad y vida religiosa. Sin embargo, los autores descartaron que el 'ritmo social' de los esquimales, y su tiempo en general, estuviera ligado a los ciclos naturales. Pues en climas más templados se seguía viendo esa alternancia en la 'organización social'. Entonces ¿a qué se debían esos cambios? Dicen los autores, que se debía a la necesidad de 'regular la intensidad de las relaciones sociales'. Casi que por 'supervivencia social' debían mantener fases sucesivas de intensidad y reposo de esa vida social. Y ahondando en el asunto y dándole un carácter más general, Mauss & Beuchat (1971) afirman que las sociedades tienen un 'ritmo social endógeno' que tiene como función 'mantener o regular las relaciones entre sus miembros'. El tiempo sería entonces una cosa intrínseca a las sociedades que además de darles forma, les da viabilidad.

Evans-Pritchard (1977), por otra parte, llega a dos formas del tiempo que le darían forma a los Nuer, en este caso. Dice el autor que los Nuer están enredados en dos tiempos: el ecológico y el estructural. El primero estaría marcado por los 'fenómenos naturales', que aparecen cíclicamente, y por las afectaciones que le genera a los Nuer. El segundo, por 'fenómenos humanos o sociales' y por la 'estructura social' en la que aquellos se mueven. Sin embargo, habría uno que prima sobre el otro. Evans-Pritchard notó que cuando los nuer se referían a cierto evento o acontecimiento lo hacían haciendo referencia a los 'grupos de edad', para referirse a una época del año lo hacían mencionando la actividad que se realizaba y los 'fenómenos astronómicos y naturales' solo tendrían importancia en relación a las actividades cotidianas. Ese tiempo ecológico solo sería un 'reflejo' del tiempo estructural. El ritmo social estaría dado las relaciones sociales entre los nuer y por las actividades que hacían más que por variaciones climáticas. El tiempo ecológico no sería sino otra forma del tiempo estructural, un tiempo que se mueve por 'convenciones' más que por 'fenómenos naturales'. A algo similar había llegado Malinowski (1927) con los trobiand. Estudiando su calendario llega a la conclusión de que ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni la posición de los astros, es lo que determina el ciclo anual, es el ritmo

económico dado por la agricultura el que le da forma y ritmo a la vida social. Son los huertos y las cosechas quienes le dan inicio y fin al ciclo anual, son ellos quienes dividen el año y determinan qué hay que hacer y en qué momento. Y aunque los ‘fenómenos naturales’ se toman gran parte de su trabajo, sigue primando ese ‘tiempo social’, esa ‘fuerza cultural’, sobre los fenómenos no-humanos o ‘naturales’ como les llaman.

Fueron estos autores quienes le dieron base a los estudios antropológicos del tiempo. Y como es posible ver, todos ellos reafirman el carácter social del tiempo y su primacía sobre ‘lo natural’. Y aunque en algunos casos ‘lo natural’ se tiene en cuenta, siempre es asumido como un telón de fondo, como algo que está fuera de lo humano y que parece no afectarlo. Al contrario, parece que es lo humano lo que afecta lo natural, lo que le da forma, lo que le da ‘significado’. Lo natural se presenta como un mero ‘reflejo’ de lo social, como una ‘autoridad’ que reafirma las convenciones, el orden y la estructura social. Algo que ya le criticaba Terradas (1998) a Mauss de su trabajo con los esquimales. Dice Terradas (1998) que considerar el tiempo solo como algo humano, es una postura extrema resultado de un gran celo sociológico. Es imposible, según este autor, negar las afectaciones de esas otras cosas no-humanas en la forma del tiempo y en la vida misma de los humanos. Siguiendo la crítica de Terradas, alejándome del carácter -o más bien supremacía- social del tiempo, y apoyándome en Ingold (2018) y Haraway (2017, 2019), apuesto por una consideración del tiempo como enredo entre esas cosas humanas y no humanas, sin ninguna primacía, solo como resultado de enredos entre cosas que comparten y habitan un mismo mundo.

El tiempo como enredo

‘El tiempo es un hecho social’, han anunciado la mayoría de antropólogas y antropólogos, y, al parecer, con ello ha bastado para darle una base incuestionable a los estudios antropológicos del tiempo. Así, la premisa que ha guiado la mayor parte de estos estudios, es que el tiempo es variable y se manifiesta de modo variable, es decir, de acuerdo a la ‘cultura’. Lo cual, además de caer en un hiperrelativismo, sustenta la idea de la inconmensurabilidad, pues al depender de un marco sociocultural específico e históricamente localizado se hace imposible, por lo menos para el investigador que intenta ‘escudriñar’ ese ‘otro’ esquema temporal, acceder a él sin antes imprimir una parte del esquema temporal en el que se encuentra inmerso. Otra de sus consecuencias es, como menciona Ignasi Terradas (1998), ‘un gran celo sociológico’ en el que el tiempo sólo sería

el reflejo de las estructuras sociales (Evans-Pritchard 1977), del ritmo económico dado por la agricultura (Malinowski 1927), de la reproducción del orden social existente (Gell 1992), de categorías fundamentales del entendimiento (Durkheim 2014) y/o de la morfología social (Mauss y Beuchat 1971). En síntesis, el tiempo sería sólo el resultado de una construcción social (netamente humana) que refleja diversos aspectos de la organización social del grupo en cuestión.

Entonces antropólogas y antropólogos saben que hay algo más que no están abordando pero eso simplemente lo han denominado ‘una cualidad procesual del mundo material’ (Carbonell, 2003, p. 9) que no hace parte de su campo, y se han dedicado a las ‘manifestaciones’ de este, que han denominado, en su afán de diferenciarlo de esa ‘cualidad del mundo material’, ‘temporalidad’, entendiéndola como la ‘aprehensión’ que hacen sociedades específicas de esa cosa tan general y escurridiza (Iparraguirre, 2011). Así, han tenido como tarea describir esas formas en las que se manifiesta el tiempo teniendo como base su carácter social y netamente humano. De lo que ha derivado una miríada de calendarios y esquemas temporales que sirven para sustentar aquella premisa según la cual el tiempo es variable y se manifiesta de modo variable. Esquemas que tienen como marco de referencia el ‘tiempo del investigador’ (Munn, 1992) y que carecen de sentido al extraer las prácticas sociales de la compleja vida cotidiana en la que se desenvuelven (Bourdieu, 1977 y 2007). O, también, estudios que presentan la enorme complejidad y los diversos factores que le dan forma al tiempo pero que las delegan al terreno de lo simbólico (Van den Berg, 1989; Grebe 1987 y 1990; Ulloa 2014).

La dificultad que se tiene para entender el tiempo más allá de su carácter puramente social recae en la base ontológica de aquellos estudios. Si el ‘entorno’ es concebido “como un abarrote de objetos sólidos montados sobre un zócalo” (Ingold, 2018, p.105), el tiempo como ‘una corriente de fondo’ de nuestras acciones, si se piensa a las cosas, bichos, sustancias y materiales como autofabricadas y por ello cerradas en sí mismas, si el mundo está constituido por ‘paisaje’ y ‘artefactos’, que esperan al humano como dador de sentido y de realidad, ¿cómo se podría ver al tiempo más allá de su carácter social o más que ‘una cualidad procesual del mundo material’? La dificultad para entender el tiempo es, como dice Ingold (2018), “que no podemos restaurar el tiempo a nuestra concepción del mundo material, al lado del paisaje y artefactos, sin cambiar totalmente la manera como concebimos este mundo y nuestra relación con él. Porque no podemos seguir suponiendo

que todas estas relaciones toman la forma de interacciones entre personas y cosas, o que necesariamente surgen desde la acción conjunta entre personas y cosas ensambladas en redes híbridas” (p. 106). Las cosas, el mundo, no están cerradas en sí mismas, no son globos que de vez en cuando ‘se relacionan’. El mundo “es un nudo en movimiento” (Haraway, 2017, p. 6), una cosa que está emergiendo continuamente debido al enredo que van tejiendo esos bichos, cosas, seres, sustancias y materiales que habitan -y finalmente son- el mundo.

Lo que aquí se propone es dejar de lado los relativismos exacerbados y la base constructivista que estos suponen. Dejar de pensar lo social como algo netamente humano y lo humano como algo netamente social. Dejar de ver ‘naturalezas’ como contraparte a ‘sociedades’, a estas como cosas impregnadas de agencias e intenciones y a aquellas como escenarios pasivos que esperan ser significados por los humanos. Dejar de ver el tiempo como ‘un hecho social’ o como un fenómeno ‘natural’, físico, externo al humano, a las cosas, al mundo. Y comenzar a concebirlo como algo que “está siendo continuamente tejido en las múltiples alternancias rítmicas del entorno –del día y la noche, del sol y la luna, de los vientos y las mareas, de los brotes y el deterioro de la vegetación, y las idas y venidas de los animales migratorios–” (Ingold, 2018, p.108). Como algo que continuamente está emergiendo de esos nudos y/o simbiosis que se dan entre las cosas que hacen -y son- el mundo.

Admito que antes concebía al mundo como un ‘abarroto de objetos’ y al tiempo como algo que los humanos ‘construyeron para poder organizarse socialmente’. Pero fue gracias a autores como Donna Haraway (2017, 2019) y Tim Ingold (2018), que me fue posible romper con esa visión del mundo como algo cerrado en sí mismo y que tiene a los humanos como protagonistas y dadores de sentido. Luego aparecieron compañeras y compañeros con las enseñanzas de sus maestros como Ana María Rodríguez (2020), Gentil Mauricio Guapacha (2020), Yorely Quiguntar (2020), David Marulanda (2020) y Luis Alberto Suárez Guava (2003, 2008), que me mostraron que el mundo no podía ser sino un enredo, algo que se está tejiendo ‘en junta’, en ‘compañía’ con esos otros bichos con los que se comparte el mundo. Así, siguiendo las enseñanzas de ellos y de la familia Aricapa Guarumo me aventuro a pensar el tiempo como algo más que una corriente de fondo o una cualidad del mundo material. El tiempo será tomando aquí como un ‘enredo’, como algo que está emergiendo continuamente, algo que es resultado de cosas que se juntaron

y que andan en tensión y fricción pero que en vez de alejarse ‘terminan anudándose aún más’.

La palabra ‘tiempo’ tiene relación con dos raíces latinas: “tempus-” y “temper-”, refiriéndose la primera a “tiempo, momento, ocasión propicia, estado temporal en un momento determinado” y la segunda a “tener moderación, mezclar, templar” (Diccionario Etimológico Castellano en Línea, s.f.). La primera definición enfatiza en el carácter volátil del tiempo dando por sentado su naturaleza escurridiza. Pues palabras como ‘momento’, ‘ocasión propicia’ o ‘estado temporal’, muestran el tiempo como una fracción, como un instante, como algo que se escabulle y que emerge continuamente. De allí viene su relación con ‘Kairós’, con esa representación del tiempo fugaz en el mundo griego. La segunda definición, por otra parte, le otorga otra característica al tiempo. Mezclar, se dice, es “juntar, unir, incorporar algo con otra cosa, confundiéndolos” (Real Academia Española, s.f., definición 1). Y que es el tiempo sino la juntura de “temperatura, humedad, presión, viento, nubosidad, precipitaciones” (EcuRed, s.f.), por lo menos en términos científicos. Hasta aquí lo que estas dos definiciones permiten es atribuirle características al tiempo, primero como algo que está emergiendo continuamente, de allí su carácter escurridizo, y como algo que es producto de una mezcla, algo que se hace ‘en junta’ con sustancias, materiales, vapores y, agregaría, seres y bichos. Para los dos conceptos de la segunda definición, ‘tener moderación’ y ‘templar’, quiero remitirme a otra palabra que goza de la misma raíz que tiempo, ‘temperamento’. Dicha palabra viene del latín temperamentum y se refiere a la “combinación proporcionada y justa medida propia, que ‘atempera’ todo exceso, por eso es también sinónimo de moderación y medida”, pero también se refiere “al carácter y rasgos del carácter propio de una persona” (Diccionario Etimológico Castellano, s.f.). La primera definición se relaciona directamente con una de las características del tiempo, su ser mezclado, cruzado; pero la segunda, le otorga vida al tiempo, dándole un carácter, unas maneras de ser propias de él. El tiempo sería entonces, siguiendo estas definiciones y palabras relacionadas, una juntura de sustancias, materiales y vapores, que en términos meteorológicos son llamadas ‘condiciones atmosféricas’, pero también, como lo verán a lo largo de este trabajo con las enseñanzas de la familia Aricapa Guarumo, una juntura de bichos y seres. Y el cual tiene como rasgo propio de su ser, la continua emergencia de sí, que será entendido aquí como resabios, como cambios bruscos, alternancias que no dan aviso.

Dicha definición no difiere mucho de aquella dada desde la meteorología, en donde se afirma que el tiempo es “el estado de la atmósfera en un momento y lugar determinado. Viene dado por una combinación de elementos del clima como la presión, temperatura, precipitación, humedad, viento y nubosidad y puede variar en días, horas o minutos” (Meteorología y climatología de Navarra, s.f.). Lo primero que resalta de allí es que el tiempo es un ‘estado’, es decir, una situación “en que se encuentra alguien o algo, y en especial cada uno de sus sucesivos modos de ser o estar” (Real Academia Española, s.f., definición 1). Lo segundo es que es una ‘combinación’, otro sinónimo de maraña o enredo. El tiempo, desde la meteorología, sería entonces un estado específico de la atmósfera que está determinado por la combinación específica, en un momento y en un lugar preciso, de ciertos elementos climáticos. La carencia de esta definición, que también acoge a la antropología, es la incapacidad de ver a las gentes y bichos como otros ‘elementos’ que le dan forma a ese ‘estado atmosférico’. Pues incluso en esta disciplina, en donde se tiene en cuenta las afectaciones mutuas de humanos y animales en la ‘atmósfera’, se sigue acogiendo el tiempo como un telón de fondo, como algo externo a las cosas que habitan y son el mundo.

Aún así, dicha definición acoge los principales atributos del tiempo: un estado y una combinación. Atributos que enfatizan en su continua emergencia, en su constante cambio, y en la necesidad de otros ‘elementos’ para su conformación. Es decir, siguen resaltando que el tiempo es algo que *está siendo continuamente* y que *solo puede ser* si está ‘en junta’, acompañado de otras cosas con las que comparte el mundo. Esto no difiere de la definición antes dada, porque resalta las cosas que lo hacen. Por ello, dejando de lado sus carencias y acogiendo los atributos que resalta, podemos decir que el tiempo es un enredo de cosas, bichos, materiales y sustancias, que está emergiendo continuamente. Y es ese emerger lo que le otorga carácter, lo que le da su temperamento. Esta simple definición me permite posicionarme.

A nivel ontológico, como bien lo dijo Ingold (2018), me permite ver el mundo como un entramado de líneas, como cosas que se están afectando de forma continua y se están haciendo a sí mismas y a los otros seres, bichos, con quienes habitan. Y queda atrás la visión del mundo como un escenario o telón de fondo y los seres como ‘objetos’ que se desplazan en él sin afectarlo y sin afectarse. A nivel teórico abre una nueva línea en el campo de la antropología del tiempo, pues es posible concebirlo como una juntura o

enredo, como que está siendo y haciéndose con otras cosas, y no como una construcción humana que tiene como función ordenar a las sociedades.

A nivel metodológico, si se acepta que las cosas están emergiendo en la vida diaria, no hay otra forma de abordar el tiempo que, sintiéndolo, viviéndolo, en su continua emergencia, en la vida (Vasco, 2010) y con las personas que nos están criando. No se puede hablar del tiempo sin hablar de uno mismo siendo afectado por él, sin hablar de las cosas que se le enredan, de los enredos que genera, y de sus estragos en la vida de la gente. Para hablar del tiempo, respetando su continua emergencia, se debe contar al tiempo siendo, de allí que este trabajo se forme con historias diarias, con situaciones cotidianas, en las que el tiempo se va haciendo en sus enredos. La escritura debe contar cómo el mundo está siendo sin quitarle la vida, de ahí que la mayor parte de este trabajo esté escrito en presente y muestre los enredos de los que el tiempo va emergiendo. Pero también esta escritura da cuenta de cómo el mundo es contado por las gentes que se crían con él, esta escritura quiere serle fiel a las enseñanzas de mi familia, de ahí que se cuenten las cosas como la gente las cuenta, de ahí que este trabajo esté enredado con conceptos quinchieños, conceptos de la vida y que van contando la vida en su continua emergencia. Esto con ánimos de corresponderle a un mundo que sigue siendo y se sigue haciendo después de la escritura.

Los enredos de este trabajo

Son tres ensayos en los que se muestra al tiempo siendo y haciéndose en Quinchía. Acompañados de animales, gentes, materiales y sustancias, se cuentan algunas maneras de ser del tiempo, de los campesinos y sus enredos.

El primer capítulo aborda los resabios del tiempo, enfatizando en su carácter emergente, muestra las vacilaciones diarias que este suscita y sus afectaciones en el quehacer campesino. Billy, Ivonne, los niños y la yegua Gitana muestran el bochorno que se vive en el trapiche, luego el guarapo recién escurrido y el tiempo con sus ventiscas heladas muestran cómo se siente el fresquito. En la cabecera aparece el tiempo haciéndolo correr a uno por esas 'lluvias espantabobos' y luego haciéndolo escurrirse de sudor por esos días claríticos con soles picantes. Finalmente aparecen los resabios más temidos por los campesinos, los atrasos y las tempestades. Los unos porque hacen imposible sembrar la

tierra al ponerla dura y seca y los otros porque la vuelven un pantanero, en el mejor de los casos, o la hacen escurrirse, en el peor. Lo que este capítulo argumenta es que el tiempo no es algo muerto ni externo a los seres del mundo, el tiempo es una cosa que afecta y que está emergiendo de forma continua, y además es algo que tiene temperamento, de ahí que sea resabiado y que ponga a los campesinos a padecer con sus vacilaciones.

En el segundo capítulo se cuentan algunas mañas que han aprendido los campesinos para hacerle frente a los resabios del tiempo. Esas mañas o resabios son de dos tipos: llamadas de lluvias y cortadas de agua. En el primero los campesinos le bregan a los 'veranos' que se han extendido de más con chillidos, humos, olores y rezos. En el segundo los campesinos 'espantan' las tempestades con malos olores, cruces, ramos y velones. En este se cuenta cómo los campesinos se enredan con otros bichos, como los sapos, los grillos, las chicharras y los niños; y con cosas, como las cruces, los velones y las quemas, para hacer que el tiempo dé lo que se le está pidiendo. Este capítulo argumenta que los campesinos de tanto bregarle al tiempo saben cómo enredarse con él y hacerlo cambiar de parecer.

Finalmente, Tominejo y mi tío Lisandro le dan forma al tercer capítulo. Aquí se cuenta cómo se criaron juntos, cómo se levantaron en un mundo caliente como cosas calientes, paradas y guapas, cómo se acompañaron en peleas y en borracheras, cómo se dieron gusto y cómo terminó su enredo. Este capítulo intenta ser una síntesis de lo que ya se anda diciendo desde arriba y es que el tiempo -como el mundo- es un enredo, una juntura de cosas que se están cruzando y haciendo de forma continua. Pero contado esta vez desde 'lo caliente', entendiendo el tiempo como estado de ánimo que es generado por esas otras cosas con las que se anda enredando. Enfatizando en la necesidad de esas junturas dialogo con Haraway (2019) y Rodríguez (2020) para concluir que los seres y bichos no son 'autofabricados' sino que se necesitan para poder llevar la vida, porque esta no puede ser de otra forma. Las gentes tienen y deben criarse 'en junta', en 'compañía'.

Los resabios del tiempo

Arriba, sobre las lomas y los cerros cercanos, las nubes se ven agitadas. Incluso algunas están comenzando a cambiar su transparentosa superficie y su aparente silencio por una densa bruma grisácea y un estruendoso recorrido. Abajo estoy yo, revoloteando de un lugar a otro, de un pensamiento a otro. “El tiempo es caprichoso, es resabiado. Sí, así lo recuerdo”. ¡Crack craaashhh crassshhh! -gritaron las nubes por su encuentro, haciendo estremecer momentánea y sutilmente la tierra. El antes azul cielo rápidamente se tornó opaco. Las nubes comenzaron a escurrirse ininterrumpidamente. Sólo el viento les hacía frente, haciéndolas cambiar su recta trayectoria. Primero se mostraron condescendientes, como avisando al despistado. Luego se mostraron bravas, bajando con vehemencia. Su rápida caída creó una cortina opaca que presentaba dificultad a quien quisiera verla o ver sus estragos a lo lejos. Los golpeteos, cada vez más constantes de las gotas de agua, apuraban. Apuraron el zarandeo de los árboles, apuraron mi pulso, apuraron el flujo de los riachuelos recién formados entre las lomas y las faldas de cemento. Apuraron el paso de transeúntes despistados y el vuelo de pequeñas aves. Apuraron el cosquilleo que me suele dar en la parte baja de la espalda, apurando a su vez los temblores en mis manos. ¡Crack craaashhh crassshhh! y tras el relámpago las nubes taparon por completo el cielo. Se escurrieron rápido o estaban cargadas con poco. El agua desapareció y fue reemplazada por una bruma espesa medio blancuzca medio grisácea, que subía tan rápido al encuentro con la cima del cerro que nubló toda vista Y en cuestión de minutos también desapareció, dejando el cielo limpiecito y clarítico. Solo quedó como evidencia el agua que todavía escurría de árboles y techos, y los riachuelos cada vez más angostos de las lomas y el cemento. Y quedé yo, con el pulso más tranquilo, con las manos menos temblorosas y con una sensación fantasma del cosquilleo en la parte baja de la espalda.

Tal vez ahí, escribiendo del tiempo y sintiéndolo fue que comencé a ver que no éramos tan distintos. Las nubes estaban tan agitadas como yo, que a la agitación de una se le llame

ansiedad y a la otra tempestad no es relevante, se botaron como yo, a una la llaman lluvia y al otro lloriqueo; y finalmente todo quedó clarítico, una hizo que el cielo quedara despejado y azulito, la otra que calmaran los pensamientos y el cuerpo mismo. 'El tiempo es como uno', me recordó alguna vez una compañera. ¡Claro! Al igual que uno, el tiempo es temperamental, es de "(...) genio vivo, y (...) cambia con mucha frecuencia de humor o de estado de ánimo" (Real Academia Española, s.f., definición 2). Eso se hizo más palpable con Ariel en la cabecera municipal de Quinchía. Era domingo. Estábamos en la Plazoleta de la Paz, acompañando a Billy a vender la panela que habíamos hecho el día anterior. Nos había tocado que escamparnos varias veces en los aleros aledaños a la plaza porque cada tanto aparecía una nube cargada y se 'escurría'. Pero era de esas 'espantabobos', de esas que aparecen de la nada, se escurren de a poquito y se van rápido, de esas que dejan el cielo clarítico y despejado para esos 'soles picantes' que se suelen sentir en tierras frías. Después de unos tantos amagues a esas nubes espantabobos y ante la presencia del sol picante, Ariel se resignó a sentarse en las gradas de la plazoleta que estaban medio mojadas por esa lloviznita que cada tanto se botaba, y con el ceño fruncido, viendo que yo revoloteaba de un lado pa otro con las 'espantabobos' me dijo -y le dijo incriminándole- : '¡jeste sí que es resabiado! siéntese mija que ese va a seguir vacilando'.

Que el tiempo sea temperamental y por eso resabiado se debe, en este caso, a su variabilidad, a que le da por cambiar bruscamente de un momento a otro. A veces pasa de fríos que entumen a soles que pican y otras veces de días claríticos y bochornosos a tardes oscuras y tempestuosas. A veces se extiende con algunas épocas, 'el verano se vio largo' dijo Ariel cuando vio que las lluvias no llegaban, y eso se conoce como 'atrasos'. A veces se bota o se escurre con todas sus fuerzas y hace que uno tenga miedo de escurrirse con la tierra, eso se conoce como 'tempestades'. Algunos de esos resabios, esas maneras de ser del tiempo, son lo que componen este capítulo. Sin pretender abarcar la enorme complejidad de este y de sus manifestaciones, se cuentan algunos resabios que viví, sentí, oí y compartí con la familia Aricapa Guarumo de la vereda Santa Cecilia y con otros Aricapa que se encuentran en la cabecera municipal.

Los dos primeros apartados, 'Del bochorno al fresquito' y 'De lluvias espantabobos a soles picantes', muestra los cambios diarios del tiempo, esos resabios que lo cogen a uno trabajando, haciendo vueltas, en la molienda o en las visitas. De esos que ponen a padecer en el quehacer, como son esos días de bochorno en el trapiche de Billy o el corre corre de

alero en alero por las lluvias ‘espantabobos’ en la cabecera municipal mientras se vende la panela. El tercer apartado, ‘De atrasos a tempestades’, da cuenta de los resabios a largo plazo y que causan miedo entre los campesinos. De esas veces en que el agua se atrasa y los cultivos se pasman, los ríos se achican y los campesinos se ‘tuestan’ por trabajar en medio del sol. Y también de esas tempestades en las que los cerros rugen avisando lo fuertes que van a ser, en las que los ventarrones zarandean todo a su paso, incluidas las fincas, y en las que uno tiene miedo de escurrirse con -o como- el agua. Lo que se muestra aquí es cómo el tiempo resulta siendo resabiado y cómo esos resabios afectan el quehacer y la vida misma.

Del bochorno al fresquito



Fotografía 1. El horno haciendo hervir la miel de las pailas. Vereda Santa Cecilia, Quinchía. María Camila Aricapa (2019).

Para la molienda nos levantamos a las tres de la mañana. A esa hora el aire se siente frío, es de esos fríos que ‘entumen’, que parecen buscar regocijo en los huesos. Las ventiscas y los ventarrones se han desvanecido, el agua de la quebrada se escucha calmada, parece apenas rozar las piedras que se atraviesan en su camino, todo se muestra con una aparente quietud. Adela prende el fogón para darnos los ‘tragos’ antes de salir. Desde la finca de Ariel y Adela hasta el trapiche de Billy uno se demora unos treinta minutos. Se tiene que bajar como bordeando el cerro Opiramá, ahí por todo el camino que sigue la ruta. Primero se pasa por unas piedras enormes que parecen haberse desprendido del cerro. Una de ellas, ‘La marcada’ le dice Carlos, tiene petroglifos. Siempre que bajamos Carlos se detiene a mirar de cerquita esas marcas y a reforzarlas con la peinilla. Una vez, después de haberlas reforzado, me dijo ‘yo creo que esas marcas son un mapa. Eso demás que fue Leyton¹. Ahí debe decir dónde están las guacas que ellos guardaron. ¿Qué será lo que dice?’. Cada que bajábamos a la molienda ‘La marcada’ llamaba a Carlos y él, siéndole fiel, le dedicaba siempre unos cuantos minutos. Luego, para seguir, teníamos que desprendernos del cerro y coger un camino que echa pa’ abajo, como siguiendo la quebrada Santa Cecilia. A mitad de camino está ‘la curva del duende’, es un gradual que cerca y encierra esa parte del camino, dándole una forma de túnel. Por ahí no se puede pasar ni muy de mañana ni muy de noche porque ‘lo embolata a uno, ese duende embolata al que pase a mala hora’, me decía Ivonne siempre que pasábamos por ahí. ‘A mí la otra vez me puso a voltear hasta la madrugada, fue el Billy el que me encontró dándole y dándole vueltas a esa curva, si no quién sabe cuánto más me hubiera quedado ahí’, decía. Se sigue bajando por el camino hasta ver la piedra que ‘echó raíces’, como dice doña Emperatriz, la mamá de Billy, y que algunas veces los patos cogen de nido. Esa piedra avisa la llegada a la finca.

La caña ya estaba apilonada en un ladito del trapiche, Billy había subido con Carlos y una de las bestias en la tarde del día anterior a uno de los cultivos que tiene pa’ arriba, por los lados del cerro. La caña la siembran en luna creciente y por colinos, porque ‘así es que

¹ Berlaín de Jesús Chiquito Becerra, alias “Leyton”, fue comandante de uno de los frentes del Ejército Popular de Liberación (EPL) en Quinchía a inicios del siglo XX. Se cree que este comandante dejó regadas varias guacas en todo Quinchía y que muchas de ellas están señaladas en las rocas que rondan los cerros.

coge', 'así es que toca'. La que se corta es la que 'ya está buena pa' sacarle el jugo', esa se distingue por el color. Las coloradas son las 'jechas', las que ya están buenas, las otras, las 'behecitas', se dejan madurar para próximas moliendas. La caña cortada se pone al lado del molino, que en el caso del trapiche de Billy es de tracción animal. Gitana, la yegua de la finca, es la que ayuda a moler la caña, pero como es 'perezosa', toca andar tras ella todo el día, por lo menos mientras se saca el guarapo. Para la molienda tienen que haber, mínimo, 4 personas: una que arrié la bestia, otra que meta la caña en el molino, otra encargada de coger el bagazo y llevarlo al lado del horno para que se seque y otra encargada del horno y de vaciar el guarapo en las cinco pailas que están sobre él. Yo me encargué de Gitana, Ivonne de meter la caña, Billy del horno y del guarapo y los dos niños mayores, Camila y Juan José, del bagazo. Carlos sólo bajó a acompañarnos; los sábados suele ir al pueblo a hacer las vueltas que se han acumulado en la semana.

Toda la mañana estuvo despejada, aunque se veía una que otra nube era de esas transparentosas, de 'esas que ni agua llevan'. Ivonne ya tenía medio tanque lleno de guarapo, Gitana y yo ya estábamos entonadas en la marcha alrededor del molino, los niños dejaron que el bagazo se acumulara y se fueron a trepar uno de los árboles cercanos, por lo que a Billy le tocó encargarse de él. De vez en cuando se sentían ventiscas frías que hacían notar las partes sudorosas. 'Ojalá ahora que eche candela siga fresquito', dijo Billy, después de recoger una tanda de bagazo. Tras varias horas de arriar la yegua, de meter la caña en el molino y de poner el bagazo en otro lado, se nos fue la mañana. Ya era mediodía, faltaban unos cuantos bastones de cañas. Y como si Billy hubiera llamado el sol al llamar el fresquito, se hizo el día clarítico, las ventiscas pasaban calientes, el aire estaba seco y sofocaba. Billy, Ivonne y yo estábamos jugados en sudor. A Gitana y a mí ya nos pesaban los pasos, estábamos lentas. Nos costó más escurrir esos cuantos bastones que la montaña que teníamos en la mañana. A Gitana tocaba ayudarle por ratos empujando el tronco del que se amarra. Ivonne metía más bastones de los que aguantaba el molino, intentando escurrirlos rápido. Pero 'por afanada', como luego le incriminó Billy, desajustó el molino por lo que los bastones estaban pasando casi enteros al otro lado. A Billy le tocó parar todo e ir por las llaves para apretarlo. Y a Ivonne empezar nuevamente con esa tanda de bastones. Y a Gitana y a mí seguir dando vueltas alrededor del molino, que además pedía más fuerza por haber sido apretado. Estaba haciendo de esos calores que ahogan, que cansan, que sofocan. Cada movimiento pesaba, era como si el cuerpo se hubiera tornado más denso, más rígido, más árido; así como el molino tras ser apretado. Lo único

fresco que estaba allí era el guarapo que escurría por entre el molino y caía al balde medio amarilloso medio negro del suelo, y el molino mismo que con el aceite que Billy le había untado parecía nuevecito.

Cuando se escuchan chirriar las tejas de zinc se sabe ya pasó el mediodía. El sol comienza a pegar más fuerte a esa hora y le da justo de frente a las tejas, haciéndolas chirriar de calor. Y con ellas comienzan los quejidos. La Gitana cada tanto relinchaba demorando el paso. El molino cada tanto traqueaba, amenazando nuevamente con desajustarse. ¡Ehhh! ¡sshhhh! -refunfuñaba Billy, cada que se picaba con una de las astillas del bagazo. Los pasos alrededor del molino se negaban a ser alzados y comenzaban a arrastrarse dejando líneas por huellas. Hasta la peinilla de Ivonne chirriaba por los golpes mal dados de su brazo cansado a los bastones de caña. Con cada tanda de bagazo, con cada paso de Gitana y mío, con cada bastón escurrido y balde llenado, se sentía el calor creciendo. De vez en cuando, para darnos fresquito, Ivonne cortaba un pedazo pequeño de caña y lo pasaba pa mascar. A la Gitana, cuando ni yo era capaz de empujarla porque se postraba a medio camino, le dábamos cachaza. Y seguíamos sudadas, pesadas, sólo con la trompa húmeda cada tanto por la caña mascada o la cachaza sorbida.

¡Que el almuerzo...! ¡...que suban pues! - medio se escuchó desde la casa. '¡Camine! esperemos a ver si atempera pa echarle candela a ese horno', nos dijo Billy mientras soltaba a Gitana y subía con ella a la casa. El vaso frío de guarapo que nos esperaba como 'sobremesa', junto a los frijoles con sudado, nos dio el fresquito y la fuerza que nos faltaba. Después de reposar, y de unos cuantos vasos fríos de guarapo, bajamos otra vez al trapiche. Teniendo todos los bastones escurridos, nos pasamos para la 'ramada de la panela'- en donde están las pailas, el establo de la pesa, el horno y las montañas de bagazo-. Billy prendió el horno y a los pocos minutos ya echaba llamaradas. El fresquito que nos había dado el guarapo nos lo quitó el bochorno de la tarde, junto con las ventiscas calientes que cada tanto entraban a la ramada y el sofoco que se desprendía del horno. Gitana se hizo lo más lejos posible del horno, al igual que los niños, los patos y gallinas que antes estaban rondando por el molino. Ivonne llenó las cinco pailas que estaban sobre el horno con el guarapo del tanque, mientras Billy iba metiendo el bagazo seco para mantener la llamarada. 'Se tiene que meter candela a todo ese guarapo hasta que hierba', me dijo, mientras se limpiaba las gotas de sudor de la frente y le aparecían nuevas manchas en la camisa. Y para no dejar que la llama bajara, le tocaba estar brincando

constantemente de un lado a otro, entre las montañas de bagazo y la parte baja del horno. Todos teníamos que mantenernos brincando. Ivonne entre las pailas pasando con el enorme cucharón el guarapo de una a otra. Yo, entre las montañas de bagazo, tirándole a Billy tandas que se sintieran secas. Y Billy moviéndose entre lo que yo le tiraba y el horno. Ese ajetreo, más el calor que desprendía el horno y el bochorno que avisaba el chirriar de las tejas, nos estaba haciendo escurrir a todos. Pero teníamos que mantenernos brincando.

‘Ya, a no más hierve, se le echa una mata que se llama limpiadera’, me dijo Billy al ver las primeras bombas de guarapo reventar en las pailas. ‘¡Vea! es esa que trae la Ivonne’, dijo, mientras Ivonne afanada iba despedazándola y echándola en las pailas. Apenas se le echa la mata comienza a alzarse una espuma, medio negruzca medio verde. Eso es lo que se conoce como ‘cachaza’, es ‘todo lo que va por encima, lo malo del guarapo’. Con cucharón en mano Ivonne iba sacando la cachaza a un tarro de metal; que luego se sube a la cocina y allá Emperatriz decide a qué animal alimentar con eso. Billy seguía echándole candela al horno; hasta que las bombas de guarapo no revienten limpiecitas en todas las pailas toca seguir alimentándolo. A lo que ya se ha sacado toda la cachaza se lo deja hervir. Y cuando comience a pesar el cucharón por lo melcochudo que se vuelve el guarapo es cuando se sabe que ya hay ‘miel’. El vapor que iban botando las pailas se pegaba de los que estaban cerca, más de Ivonne que ya tenía el brazo pegotudo de estar revolviendo y sacando la cachaza. Lo que sumado al humo que se escapa entre el bagazo quemado y el sudor que se escurría por todo lado, nos hizo ‘melcocharnos’. Y entre pegotes y sudadas más se asentaba el bochorno.

‘Traiga el aceite’- le gritó Ivonne a uno de los niños, mientras revolvía paila por paila asegurándose que en todas ya estuviera como ‘miel’. El sonido de la cuchara golpeando el porta de metal avisó que ya venía el aceite. Ivonne me pasó el cucharón y se fue a echarle una cucharadita de aceite a la paila del medio, luego cogió el cucharón y comenzó a mezclar la miel del medio con el resto. ‘Cuando hay suficiente miel en las pailas se le echa una cucharadita de aceite para que empiece a endurecer’, dijo. Al rato la miel empezó a espesar y a espesar hasta que llegó al punto donde ya está pa sacarla. Billy le encargó el horno a Ivonne para poder ponerse a endurecer la miel; cogió el cucharón y comenzó a pasarla de las pailas a la batea, y a lo que ya estaba medio llena, con la pala de madera, comenzó a batirla. De tanto revolcarla se ‘sopla’ llegando al ras de la batea y luego vuelve

y baja, se asienta. Se sopla y se asienta varias veces hasta que se endurece y empieza a secarse, y sin dejar que se enfríe del todo, Billy se puso a vaciar la miel en los moldes hasta llenarlos. Y a lo que ya estaba por terminar con los últimos de la mesa, comenzábamos a desprender las panelas que ya ‘iban estando’, haciendo espacio para volver a acomodar los moldes y seguir con el resto de pailas.

De tanto en tanto Billy intercambiaba con Ivonne. ‘Esa melcocha lo entume a uno’ dijo, mientras estiraba los brazos y bajaba al horno para que Ivonne se acomodara frente a la batea. La panela que ‘ya iba estando’, que ya estaba dura, la subíamos hasta la casa en una lona, esquivando a la Gitana y a los perros, que a veces de un brinco alcanzaban a llevarse un pedazo en la jeta. El sol ya había bajado, fuera del trapiche ya estaba fresquito. Una que otra nube ya se veía asomar sobre la finca. ¡A envolverse hija porque si no se tuerce!, me dijo Ivonne. El bochorno y el calor al que nos sometimos todo el día no dejaba que disfrutáramos el fresquito, tocaba cubrirse de las ventiscas heladas que comienzan a bajar después de las cinco de la tarde porque siempre está el riesgo de torcerse por cambiar repentinamente del bochorno al fresquito. Melcochudos y con chaquetas encima, porque tampoco se puede uno lavar, comenzamos a empacar la panela en la cocina. Se empaca de a atados en bolsas transparentes, que Billy manda a hacer con la marquilla ‘Finca La Estrella’. Y luego se envuelven por pacas en papel Kraft. Alcanzamos a sacar cuatro pacas, terminando a eso de las seis y pico de la tarde.

Los niños, Ivonne y yo subimos corriendo para que no nos fuera a coger la mala hora pasando por la ‘curva del duende’. A esa hora ya comenzaban a bajar con fuerza las ventiscas y los ventarrones desde el cerro, bajaban heladas. Y con la luz de la linterna, zarandeándose pa’ arriba y pa’ abajo, siguiendo el ritmo de nuestros pasos, se veían menearse los cultivos y la maleza larga que bordea el camino. Llegamos sudados y con frío a la finca de Ariel y Adela, pero logramos llegar sin embolatarnos. Adela nos tenía café con arepas de yuca, nos sentamos a comer en la mesita que está al lado del balcón. Cada tanto bajaban ventiscas que helaban y el cielo estaba ‘ennubado’, como dice Ariel, oscuro y con nubes cargadas, pero que no se quieren botar. ¡Qué tal pues que hubiéramos dicho que queríamos sol! ¡Hum!’- dijo Ivonne, a lo que Ariel respondió jocosamente desde el lavadero ‘Ahí sí les hubiera hecho un frío el verraco’. Esa noche no llovió, pero fue una de las más frías de ese mes.

En Santa Cecilia el tiempo vacila entre días despejados en los que se sienten calores picantes, sofocantes, secos y pesados, que hacen lento y tedioso el trabajo; y aquellos días ennuados, en los que el sol se oculta tras nubes cargadas y en donde se siente un 'frío querido', como dice Adela, 'de esos que no entumen, sino que dan como ganas de trabajar', de esos que 'dan como fuerza'. Como en la molienda, los días pueden pasar desde el frío de la madrugada hasta el bochorno del mediodía, combinado con el calor del horno. Desde lo fresquito de un vaso de guarapo hasta lo sofocante y pesado de los pasos y el empuje del tronco al que se amarra Gitana. Desde campesinos forrados en chaquetas por el frío de la mañana hasta camisas y frentes jugadas en sudor compitiendo con el calor del horno. Entre el bochorno y el fresquito vacila el tiempo en Santa Cecilia y como lo que se pide no es lo que se da, se dice que el tiempo es resabiado, que cambia sin avisar y que pone a padecer en el quehacer.).

De lluvias espantabobos a soles picantes



Fotografía 2. Un domingo con mañana ennuada en la cabecera municipal. María Camila Aricapa (2019).

¡Piiiiiiiiiiiiiiiiii, Piiiiiiiiii! ¡Quiiite...que la carne de burro no es transparente! ¡fsssssss, fssssss!
¡Arepá'e chóclooo! ¡Chócolo, chóclooooo! ¡Chiquichoqueeeee! ¡Coooompre la nalguita!
¡fsssssss, fssssss! ¡Pii, pii, pii, pii, pii! ¡Ahí hombre, ahí! ¡Bajá primero la panela! ¡ehhhh
este sí! ¡Raaaaaan, raaaaan, raaaaan! ¡Que primero la panelaaa! ¡eeeehhh este vergajo!
¡Bajátee de'ay! ¡Oiga es que usted sí, eeeeehh!

La mañana estaba fría. El cerro Gobia estaba invadido por neblina y en el cielo solo se veía uno que otro parche azul entre nubes grisáceas. A eso de las ocho estábamos llegando ese domingo a la Plazoleta de la Paz. En la ruta nos montamos Ivonne, Camila, Juan José, Billy y yo, además de las cuatro pacas de panela y los dos tarros de gaseosa dos litros con 'miel'. Apenas se descargó la panela del jeep, Juan José y Camila arrancaron por el puesto de madera en el que se acomoda la venta, que se guarda en la casa de una prima de Billy, ahí por los lados del Templo San Andrés. Mientras tanto, Ivonne y yo nos pusimos a remendar con pedazos de cinta el papel de cartón en el que estaban envueltas las pacas, pues por los ajetreos del jeep y el miedo a caerse de Juan José, resultó todo 'rasguñado' y 'eso así no da buena presentación'. Billy, iba adueñándose de una de las esquinas de la parte baja de la plazoleta, colocando las pacas de panela ya arregladas a su alrededor. Y 'echaba ojo' a quiénes iban llegando y al número de pacas que traían, pues así es que se ve cómo de buena fue la molienda en la vereda. ¡Mirá! -nos dijo Billy, mientras señalaba con la mirada a uno de los jeeps estacionados en el Cai- a ese le escurrieron bueno esos palos! ¡Hum! es que nueve pacas. ¡Pero pues claro, eso con máquina no hay que bregarle tanto! Los otros paneleros que iban llegando se iban acomodando en los espacios que quedaban en la parte baja de la Plazoleta. La calle de las palmas se estaba comenzando a llenar de jeeps, buses, chivas y carros particulares que llegaban desde las veredas o desde centros urbanos cercanos. ¡Que ahí le manda unos envueltos! -gritó Juan José desde la parte de arriba de la Plazoleta, intentado equilibrar, con gran esfuerzo, la estructura de madera en uno de sus hombros. ¿Habelos? - incriminó Billy cuando vio que Juan José sólo llevaba el puesto. 'Por allá los trae Camila, es que esa es toda lenta'- le respondió.

Billy finalmente se adueñó de esa esquina al armar el puesto. Otros paneleros, se iban acomodando en los laterales de la plazoleta tomando los muros de concreto, las gradas o

las escaleras como puestos. En el medio, la señora del 'mechero' comenzaba a pedir ayuda para armar la carpa roja en la que acomoda la ropa de 'segunda mano'. Arriba, desde muy temprano, estaban las chazas, coches para bebés con divisiones de madera o lámina en los que se distribuyen los confites, chicles, minutos y cigarrillos. Algunos, los más grandes, llevan una sombrilla pegada a uno de los laterales. Otros, invaden sombrillas o se adueñan de uno que otro árbol de la Plazoleta. En los laterales iban acomodándose las señoras que venden arepas de chócolo, envueltos, tamales, estacas, chiquichoques, tortas de carne y hasta nalgas de ángel. A las nueve en punto, esperando la gente que viene de las otras veredas a 'dominguear', los fogones comenzaban a botar humo. A veces aparece uno que otro señor que, en cajas de madera o en telas extendidas en el suelo, vende libros de brujería, enciclopedias o literatura, acomodándose frente a ellas. El humo de los buses, chivas y jeeps, se entremezclaba con el de los carros particulares de Pereira y Medellín. El olor a pan caliente de la cafetería competía con el del calentao y los huevos pericos de los puestos de comida que hay en la galería, frente a la Plazoleta, y estos a su vez con los de las arepas de chócolo, quichichoques y nalgas de ángel de las señoras de los puestos de carbón. Y de vez en cuando, salía el olor dulzón al abrir las pacas de panela o los tarros de gaseosa con miel.

De un momento a otro comenzaron a caer unas goterotas, de esas que no son muchas pero que mojan harto. Se las veía como manchas en el cemento, como bocanadas de humo en los puestos de carbón o como brillos en los plásticos negros que hacen de techo en los puestos paneleros. Se las escuchaba como sonidos graves en las tejas de zinc y un poco más agudos en la carpa roja, las sombrillas de las chazas y las hojas de los árboles, y un tanto más graves y secas al golpear el cemento. Se veían unas cuantas 'nubes cargadas', de esas que 'parecen bravas porque se ponen como negruzcas'. Muchos, incluida yo, corrimos a los aleros aledaños a la Plazoleta, a la carpa del mechero o a uno de los árboles que no estuviera marcado por una chaza. Las pacas de panela eran las únicas que cabían en el puesto y su lugar no se ponía en duda. 'Se va a largar el agua', dijo una de las señoras que venía corriendo de escuchar el sermón. '¡Nahh, eso ahora no llueve! Tranquila que eso es una llovizna espantabobos'- replicó uno de los paneleros con tono burlesco. En pocos minutos la Plazoleta quedó vacía, sólo se veía a los vendedores escampándose del agua en los alrededores. ¡uuuuwiiiiiiiiuuuuwiiiiiiuuuuu, uuuuwiiiiiiiiuuuuwiiiiiiuuuuu...! se escuchó desde la estación de bomberos. ¡Es que las doce, camine acomodemos las pacas! - nos dijo Billy a Ivonne y a mí. Y poco a poco se

veía salir a los vendedores de los aleros, carpas y árboles; y de esas goterotas solo quedó una que otra mancha en el cemento. ¡Esas ya pasaron, espere y verás que ahora sí aclara! - dijo Billy, mientras bajaba las pacas del mesón y las acomodaba alrededor del puesto.

El cielo se despejó y el día se hizo claritico, ni una nube se veía alrededor del cerro. A los olores de la Plazoleta se sumaba el del sudor de los que la estaban rondando y de los que estaban ahí estacionados. El calor comenzaba a mostrarse en manchas sudorosas en espaldas y sobacos; en frentes y cuellos como pequeñas goteritas; en niñas y niños en sus cachetes sonrojados, y en caras coloradas, como las de las señoras de los puestos de carbón. Los que estaban domingueando intentaban encontrar una sombra en la plazoleta, pues después de un rato el sol comenzaba como a picar, como a quemar, dejando parches rojos en los que le hacían frente. De vez en cuando se acompaña de ventiscas calientes que sacaban el olor dulzón de las pacas de panela y recalcaban los sudores de los que poblaban la Plazoleta.

El día se fue en un corre corre por las lloviznas espantabobos y la búsqueda de sombra por el sol que pica. Entre olores dulzongos de comidas y olores ácidos desprendidos de personas. Entre recorridos de los puestos de madera a los puestos de carbón, y de éstos a la cafetería por tinto o pintadito. Entre miradas a los niños que jocosamente veíamos ajetrearse en el saltarín y las mujeres y hombres que miraban pa' todo lado antes de preguntar por ropa en el mechero. Entre curiosos que se arrimaban a chismosear entre las cajas de libros y entre susurros y miradas sigilosas que emanaban de las esquinas de la plaza.

Así se fue ese domingo, entre el frío de la mañana, las goteras del mediodía y el pique del sol de la tarde. Así suelen irse y vacilar los días y el tiempo en la cabecera municipal, entre nubes cargadas, días clariticos, soles picantes y ventiscas calientes que, sin dar esperar y sin aviso, cambian bruscamente de un momento a otro. Por eso es que siempre se carga con chaqueta, impermeable o sombrilla, porque el tiempo es resabiado y le gusta ajetrear y vacilar con los días.

De atrasos a tempestades



Fotografía 3. El Cerro Opiramá en un día de sol picante. Vereda Santa Cecilia, Quinchía. María Camila Aricapa (2019).

¿Si escucha? -dijo Ariel, levantándose de la silla de madera en la que suele recostarse después de darle vuelta a las jaulas de los gallos. ¡Cruá! ¡Cruá! ¡Cruá! -se escuchaba en la parte baja de la finca. ¡Oiga! ¡Oiga! -me dijo, mientras miraba por el balcón y buscaba de dónde era que venía el sonido. ¿Dónde es que está pues? -preguntó, mientras recorría el balcón de la finca y bajaba a la pequeña vertiente que bordea la casa. ¡Cruá! ¡Cruá! ¡Cruá! -se escuchaba cada vez más cerca. ¡Tiene que estar por acá! - reiteró, mientras entrecerraba los ojos tratando de enfocar su vista. ¡Páseme una de esas cocas con agua! -me dijo, mientras señalaba las cocas blancas que estaban en el lavadero. Fui al lavadero, llené una de esas cocas y se la pasé. Ariel la cogió, hizo un huequito al lado de una mata que estaba cerca de esa quebrada y puso ahí la coca, ‘pa que no se resbale’, dijo, mientras subía y volvía a acomodarse en su silla. ‘Cuando escuche chillar un sapo es porque está

pidiendo agua, entonces hay que darle. Pa' que llueva oyó, eso es pa' que llueva' - indicó. 'Puede ser que ahora sí llueva, porque vea -dijo, mientras señalaba los campos asoleados del frente- es que verano, sabiendo que esto ha sido de mero invierno'.

Pasados dos días desde que el sapo cruzó por la finca, a excepción de su croar, sólo se escuchaban los chillidos de las chicharras y el zumbido zigzagueante de los mosquitos. 'Fijo al primero o al segundo día llueve' dijo Ariel, al escuchar aquella vez croar al sapo. Ese día estuvo clarito. Pero en la tarde comenzaba a asomarse una que otra nube desde la cima del cerro Opiramá. Y a pesar de los vientos calurosos que nos acompañaron o, tal vez por ellos, se comenzó a sentir el empujón que les daban las ventiscas heladas que bajaban desde el cerro. Ya desde muy temprano el cerro se hacía sentir. No rugía aún, más bien ronroneaba. Zumbidos suaves pero roncós, que hacían estremecer, aunque sutil y brevemente, la tierra.

Fue en la noche cuando el cerro finalmente rugió. Las nubes que cubrían el cielo comenzaron a reventar. Gota tras gota fueron remojando los cultivos y la tierra seca, que pedía agua desde hace varios días. Los árboles y arbustos se zarandeaban de un lado a otro sin que los ventarrones les dieran descanso. La quebradita alledaña a la finca creció y chasqueaba entre las rocas con mayor vigor. Las ventiscas hacían de las suyas levantando las tejas de zinc que no estaban bien amarradas. Uno que otro relámpago hacía desvanecer, momentáneamente, la luz de los bombillos del balcón. Algunas gotas de agua escurrían por entre los huecos oxidados de las tejas y en el piso las recibía una de las cocas del lavadero o uno de los baldes en donde se echa la comida para los gallos. El balcón de la finca estaba encharcado, porque 'el agua venía como de lado, como en puro viento'. La finca se zarandeaba, ya fuese por los ventarrones que bajando desde el cerro cogían fuerza, ya fuese por la cercanía con el impacto de los rayos o por el sonido que de estos desprendían. Entre truenos y relámpagos la tierra resonaba y se estremecía. ¡Cuidado con las tejas! ¡Ojo a las jaulas de los gallos y a las gallineras! - se escuchaba. Laica y Guardián, los perros de la finca, brincaban con cada estruendo causado por los truenos, acompañados por un ¡Ay Dios mío! y una señal de la santa cruz hecha por Adela. Mientras le echábamos ojo a las tejas sueltas y a los baldes que ya estaban por rebosar, Adela se entró a la pieza y del armario sacó un veloncito blanco, que puso en la mesita que está al lado de la cama. ¡Que el cerro no nos bote! - decía, mientras la llama del velón se movía bruscamente con cada ventarrón que azotaba la finca. Uno que otro rezo por las

semillas que andaban sembradas y los cultivos que ya estaban crecidos se escuchaba entre truenos, goteras y ladridos. Así se fue la noche. Apenas en la madrugada fue que comenzó a calmarse la tempestad. El sapo supo avisar. Se le dio agua cuando llamó y a los dos días la devolvió.

Era mediados de abril, estábamos en Santa Cecilia. Desde marzo la vereda estaba seca. Las pequeñas quebradas y ríos aledaños estaban 'bajitos'. Los árboles, arbustos, maleza, que cubren las lomas y los cerros estaban sedientos. Unos pocos todavía conservaban el verdor. Otros estaban siendo consumidos por el sol, delatados por las manchas amarillosas o cafés pálidas de sus hojas. Los cultivos de café, maíz, plátano y caña, estaban pasmados. Los vientos calurosos eran los acompañantes persistentes del día a día, además de las camisas jugadas en sudor y las botas de caucho llenas de tierra seca. El bochorno se sentía en toda la vereda y muchos campesinos andaban preocupados porque así la tierra se pone dura, tiesa, y es difícil sembrar y que salga una buena cosecha.

Desde por la mañana se veía que los días iban a estar claríticos, ni una nube aparecía en el cerro o en las lomas aledañas a la finca. El sol picaba desde temprano y el sofoco lo acompañaba. La quebrada que rodea la finca se achicó. Los moscos estaban alborotados, pegándose de cualquier pedazo de piel que estuviera descubierta. Las chicharras estaban por reventar de tanto chillar. Laica y Guardián no sabían ya cómo escaparse del sofoco. El último escondite en el que los vi fue debajo del lavadero. El tinto sólo se hacía en las mañanas y en las noches, el resto del día lo pasábamos a punto de guarapo. Todo estaba sediento, los cultivos, los cerros, las lomas, las bestias, los bichos y los campesinos. Si no caía una llovizna, por lo menos de esas espantabobos, que medio remojara la tierra, lo más probable era que los cultivos se pasmaran y se perdieran. Y ni modo de sembrar más, pues como la tierra andaba seca, también estaba dura y 'así nadie le mete mano a eso'.

'¡Vea pues! esta no quiere largar' ¿Quihubo del agua? '¡Oiga! ahora sí se atrasó' Solían ser los comentarios que lanzaban los campesinos de las fincas de abajo cuando subían hacia la cabecera y veían a Ariel asomado en el balcón. '¡Eso en cualquier momento se larga! ¡Espere y verás!'- era siempre su respuesta. Y luego se lo veía sentado en su sillón con la camisa abierta hasta el ombligo, el pantalón arremangado y con cara de preocupación. '¿Será que verdad esa no va a largar? ¡Hum! y yo que arriba había sembrado un maíz lo más de bueno', decía.

Se estaba esperando el agua desde marzo y nada que aparecía. Los campesinos, los moscos, las chicharras, los perros y hasta las gallinas estaban alborotados. Ese resabio del tiempo, el que haya atrasado la temporada de lluvias, es de los que más asusta. 'Es que es preferible que caigan lapos de agua' y no que todo esté seco o pasmado. Una que otra nube transparentosa salía desde los cerros, pero no se botaba. Y si lo hacía, era con goteritas que no alcanzaban ni a rozar los cultivos. Las lloviznas espantabobos daban cierto alivio, pero pasaban rápidamente por la vereda, y el agua que botaban se secaba de una, las ventiscas calientes y el sol picante no las dejaban estar por mucho tiempo. El chillido cada vez más fuerte y agudo de las chicharras causaba más angustia, porque es que ellas 'llaman el verano'. Y más verano implicaba que la tierra estuviera más seca, más dura; que los cultivos se pasmaran y se perdiera lo que apenas se había sembrado -pues 'ni pa' echar raíz alcanzaban'-; que las quebradas y los ríos se achicaran; que lo único que se levantara fuera el polvo seco del camino al bajar la ruta, y los moscos y zancudos, que 'pululaban' por todo lado.

El agua se hizo esperar hasta mayo. Y cuando llegó, llegó con todo. Los cerros rugían en las noches avisando tempestades. Las nubes cargadas tapaban el cerro desde por la mañana y a cada rato se escurrían. Los ventarrones hacían zarandear lo que se les atravesara. Los ríos y quebradas estaban crecidos. El cielo se veía opaco, las nubes no dejaban asomar ni al sol. En las noches tronaba y relampagueaba tan feo que Adela a cada rato prendía el veloncito pidiéndole a Santa Clara para que el cerro no nos botara en medio de sus rugidos. Laica y Guardián, cuando Ariel los dejaba, se escondían de los relámpagos debajo de las camas. Y Carlos a cada rato tenía que reforzar los amarres de las tejas para que no se volaran. Se amanecía con baldes llenos de agua por todo lado y con el balcón encharcado, con una que otra teja suelta y uno que otro árbol caído por los lados de la carretera o por arriba, por el cerro, y con comentarios como ¡Fulano amaneció inundado! 'a aquel se le entró el agua' 'a este se le escurrieron anoche los cultivos'.

Los atrasos hacen de la tierra algo seco, rígido, duro e infértil; y con ella a los campesinos, que se 'tuestan' con el calor; a los cultivos, que se pasman; a los árboles, arbustos y maleza, que se secan; a los ríos y quebradas, que se achican. Las tempestades arremeten con todo a su paso. Cuando llueve 'feo' no sólo se teme por los cultivos sino también porque uno puede escurrirse con ellos. Y más aún cuando la finca, como la de Ariel, está

agarrada al cerro y se siente de cerquita cuando este ruge y el agua se bota. Estos dos resabios, los atrasos y las tempestades, son los más temidos. El uno porque seca, el otro porque escurre o bota de más. Allí, en los atrasos y las tempestades, es en donde más se puede ver lo resabiado del tiempo, su vacilación a largo plazo con las supuestas estaciones del año. Y digo supuestas porque estas no son rígidas, se someten a los resabios que ese año tenga el tiempo.

¡Este sí que es resabiado!

Se dice que resabiado es aquel que “por su experiencia vital, ha perdido su ingenuidad volviéndose desconfiado o desabrido” (Real Academia Española, s.f., definición 1). Ingenuidad, se dice, es la “falta de malicia” (Real Academia Española, s.f., definición 1). Y desabrido, un dicho del tiempo que se refiere a su irregularidad, a que es “destemplado, desigual” (Real Academia Española, s.f., definición 3). Dijo Ariel, cuando estábamos en la Plazoleta de la Paz vendiendo panela y corriendo de un lado para otro por las lloviznas espantabobos, ‘¡este sí que es resabiado! siéntese hija que ese va a seguir vacilando’. Lo resabiado, de acuerdo a lo que define la RAE y a lo que dice Ariel, se debe a la malicia de algo que, en cierta medida, lo vuelve irregular, temperamental diría yo.

Lo resabiado del tiempo se atribuye a su vacilación constante, a sus juegos con los campesinos que los pone en un corre corre diario. El tiempo tiene un genio vivo y malicioso, que se muestra en sus cambios frecuentes en el día a día o a lo largo del año. Eso se siente y se ve cuando le da por pasar de días ennuados a días claríticos, del bochorno al fresquito, de atrasos a tempestades; cuando lo pone a uno a escurrirse por el calor o a empaparse por las lluvias, a rogar por el agua o pedir por el verano. Por esa vacilación constante es que se lo tilda de ‘resabiado’, porque cambia sin avisar y lo pone a uno a padecer en el quehacer.

Así, que el tiempo sea temperamental y por eso resabiado se debe, en este caso, a su variabilidad, a que le da por cambiar bruscamente de un momento a otro. Ya sea en el día a día, de soles picantes con cielos despejados a ventiscas heladas con cielos ennuados. Ya sea a lo largo del año, atrasándose con las lluvias o botándose de más con tempestades que atrofian los cultivos y que hacen temer a los campesinos. Es esa vacilación constante, lo que lleva a los campesinos a decir que el tiempo es resabiado y a mí a decir que tiene

temperamento y es temperamental. Lo que se mostró en este capítulo fue cómo el tiempo resulta siendo resabiado.

Esos resabios del tiempo afectan el quehacer campesino, lo hacen pesado, tedioso. A veces, incluso, hacen que se sienta miedo, miedo de escurrirse con la tierra, miedo a no tener qué vender o qué comer. Pero los campesinos saben cómo enredarse con el tiempo, 'le meten mano' para hacer que dé días y ambientes más 'queridos' para la vida. Esas mañas campesinas para meterle mano al tiempo es lo que se cuenta en el siguiente capítulo.

Los resabios campesinos

Los resabios campesinos, más que vincularse con la variabilidad o los cambios bruscos, están ligados con los vicios o mañas que ellos han adoptado como resultado de enredarse con otros bichos, seres y sustancias con quienes comparten el mundo. Los resabios campesinos, entendidos en este caso como 'habilidades', como un "enredo dispuesto con ingenio, disimulo y maña" (Real Academia Española, s.f., definición 4), han sido el fruto de 'bregarle', como se dice en Quinchía, de 'intentarle sin tener certezas de lo que vaya a surgir', de probar suertes diversas para lidiar con la vida. Los campesinos le han bregado al tiempo y de tanto bregarle han aprendido ciertas mañas, ciertas formas de enredarse ingeniosamente con él.

Esos enredos o esos resabios se muestran principalmente en dos casos: en las llamadas de lluvia y en las cortadas del agua. Siendo esos dos casos los que componen este capítulo. El primer apartado, 'Llamadas de lluvia o peticiones de agua', muestra cómo los campesinos le bregan a las sequías enredándose con otros bichos, sustancias o materiales. Allí, resaltan las quemas, los elementos que se consumen y los olores que de estos se desprenden. Los animales de agua, como los grillos y los sapos, que llaman el agua con sus chillidos. Las misas, las cruces y los velones, la primera como agrado a los santos y los otros como elementos bendecidos que llaman la lluvia y protegen a los cultivos y a los campesinos. En el segundo apartado, 'Cortadas de lluvia o conjuradas de tempestades', aparecen la sal, las cruces, los ramos y los niños como bichos, cosas, seres y objetos con los que los campesinos se enredan para secar las tempestades y despejar los cielos.

Ante los atrasos y las tempestades, ante esos resabios del tiempo, los campesinos se resabían llamando el agua y cortando la lluvia. Esos resabios son lo que muestra a continuación.

Llamadas de lluvias o peticiones de agua

En este apartado se cuenta cómo los campesinos se enredan ingeniosamente con ciertos bichos y cosas para llamar el agua y conjurar la sequía. Con animales como sapos y grillos, con chillidos de niños, con rezos a santos y con quemas, los campesinos le meten mano al tiempo y hacen que dé días más queridos. Estas Llamadas de lluvia se presentan en tres relatos que encuentran eco entre los aymaras del altiplano boliviano y los nahuas de la Sierra de Texcoco. Así, lo que se presenta a continuación son: 'Las quemas', 'El grillo y el sapo', y 'Misas, cruces y velones'. Tres relatos que cuentan cómo los resabios campesinos le bregan a los resabios del tiempo.

Las quemas

Ariel contaba que, en Santa Cecilia, más abajo de la finca, cuando él era muchacho hubo una sequía que no dejó sembrar y que hizo perder muchos de los cultivos que se tenían en la vereda. A pesar de los muchos intentos y rezos que se estaban haciendo, el agua no aparecía. Por lo que decidieron llamar a un señor que era de Naranjal. 'Yo me recuerdo - contaba Ariel- que era un señor alto, pero morenito, se ponía mucho ruana, un sombrero grande y mantenía como con dos camándulas colgadas. A ese lo buscaban mucho pa que les dieran consejos pa las cosechas. Había cosechas que no daban nada, entonces iban donde él a ver qué podían hacer para que diera buenas cosechas, que en qué tiempo sembraban, que en qué tiempo se podía sembrar el maíz, que en qué tiempo se podía sembrar la yuca, todo eso. Como tenía pues, así buena fama, yo y otros muchachos de la vereda fuimos a buscarlo. Casi que no damos con él. Y pues en ese tiempo uno siempre se demoraba de acá de la vereda a Naranjal. Eso siempre se iban unas horitas caminando'. Cuando por fin encontraron al rezandero y subieron a la vereda, cuenta Ariel que 'ese señor les dijo a los muchachos: 'nos va a tocar ir a hacer una quema pa' llamar el agua porque si no se nos va a dañar la cosecha'. 'Y pues eso se hizo. Ese señor hizo la quema. En las quemas, contaba Ariel, además de la leña, echaban olivo, eucalipto, laurel y salvia. Y también buscaban mucho de ese palo santo, ese que uno parte el palito y se ve como una crucecita en la mitad, que también llaman el árbol de la cruz. Todo eso lo ponían a quemar y mientras eso el curandero comenzaba a echar rezos. 'Yo me recuerdo, decía Ariel, que se cogía las camándulas del cuello y comenzaba como a pelearle al cielo. Así como tirándole manotazos, como regañando'. 'Todos nos poníamos a mirarlo mientras hacía eso, ahí se iban quemando esas cosas. Ya a lo que la llama se achantaba, él escupía

aguardiente y hacía el rezo y ya nos íbamos'. Esa misma semana comenzaron a aparecer las lloviznas y después, como cuenta Ariel, 'se vinieron los lapos de agua y hasta hubo buenas cosechas ese año'. Las quemas pa' llamar el agua, me contaba Ariel, siempre es con matas que tengan buen olor. '¿Porque quién va a venir si hay un olor bien feo? Suponga usted que llega uno a la casa y comienza a oler bien feo, uno por allá no le dan ganas de volver. Así mismo es para llamar el agua, toca que huelga bueno pa' que se aparezca y quiera volver'.

Estas quemas encuentran eco entre los aymaras del altiplano boliviano. Cuando se atrasa la época de lluvias, la cual se espera que inicie en el mes de noviembre, los campesinos recurren a la 'ch'uwa khuwxata' o 'llamada de la lluvia' (Van den Berg, 1989). En estas, los campesinos consiguen diferentes elementos como fetos de ovejas, hierbas koa, coca, dulces, kaitos de colores y mucho aguardiente. Todo esto lo suben en procesión, acompañados de músicos, a la cima de uno de los cerros cercanos. Allí, el yariti -o especialista ritual, como lo llama Van den Berg- se encarga de reunir en un solo lugar todos los elementos traídos por los campesinos. Casi siempre en una piedra que es llamada 'altar'. Y mientras aquellos bailan y cantan, el yariti lo quema todo y le pide al cerro "para que en humo se deshagan los males y caiga la lluvia" (Van den Berg, 1989, p. 71), a la vez que se le agrada con las ofrendas dulces o muxsa misas.

Y aunque en ambos casos se hace uso de diferentes elementos, exceptuando el aguardiente, las plantas y los rezos, es el humo que resulta de la quema lo que 'llama la lluvia'. En el caso de Santa Cecilia, del humo tiene que emanar un olor agradable para que el agua se sienta atraída y se quede. Entre los aymaras del altiplano boliviano, la quema es necesaria para deshacerse de los males, para que estos se quemen y salgan en forma de humo, a la vez que se agrada a los cerros como deidades protectoras de la comunidad. Cuando la llama consume las ofrendas, las está consumiendo el cerro. Y dependiendo de cómo se consuman a sí mismas se sabrá si la petición ha sido aceptada o no. La quema, el humo y sus olores son quienes atraen la lluvia, los rezos u oraciones de los campesinos son quienes la llaman y la animan a quedarse. Casi siempre funciona, casi siempre llega la lluvia después de una quema. Pero siempre está la posibilidad de que se siga atrasando porque el tiempo es resabiado y a veces no responde a los agrados que le hacen los campesinos.

El grillo y el sapo

Cuando no quería llover y se estaban por perder las cosechas de tanto verano, ‘los viejos -contaba Ariel- se agarraban a buscar grillos, ahí por los lados de la finca. Al que primero vieran le mandaban la mano. A ese animalito uno tenía que cogerlo y clavarle un chuzo en el rabo, un espartillo, y se lo enterraba con el culito pa arriba, mirando al cielo. A lo que chillaba es que llamaba el agua. Se lo agarraba pa’ que llamara la lluvia cuando no quería llover. ¡Oiga! eso es que era remedio bendito, que eso de una era que aparecía el agua’. Los viejos también le enseñaron a ponerle cuidado a los sapos ‘cuando escuche el chillido del sapo y esté haciendo verano, corra a darle agua’, le decían los viejos a Ariel, porque se sabía -y se sabe- que, al darle agua al sapo, este la devolvía y comenzaba a escurrir el agua por toda la vereda. Los campesinos saben que hay animales que llaman la lluvia y que pueden sobrellevar los resabios del tiempo, en este caso los atrasos. En Santa Cecilia son el sapo y el grillo, al uno se le da agua para que la devuelva y al otro se lo entierra de culos, con un espartillo mirando pa arriba, para que la llame. El uno aparece, al otro hay que agarrarlo. Pero los dos chillan pidiendo agua, uno por voluntad y al otro se lo hace chillar.

Pero que el sapo llame el agua no sólo se sabe en Santa Cecilia, entre los aymaras del altiplano también se sabe que este animal la llama. Entre los aymaras que se encuentran asentados en zonas lacustres, la ch’uwa khu xata o ‘llamada de la lluvia’ se lleva a cabo en el lago principal. Unos pocos hombres junto al yatiri, se adentran en balsas al centro del lago. Allí se colocan varias ofrendas, se quema incienso y se esparcen hojas de coca. Terminadas las ofrendas, se recogen ranas, plantas acuáticas y agua del lago. Cuando los aymaras están asentados en zonas en las que no hay lagos, el agua para el ritual se extrae de algún río cercano. Pero esta agua, como le dice un aymara a Van den Berg, “debe ser jaluma, ‘agua corriente’, vale decir ‘agua viva’ y no agua detenida” (p.69). De allí se dirigen a uno de sus cerros sagrados en procesión, acompañados por músicos. Las ranas y las plantas son acomodadas en donde queden más expuestas al sol. A falta de agua, las ranas empiezan a croar y las plantas a secarse. “Con su croar, y las plantas secas apelan a la compasión de las fuerzas de la naturaleza que pueden hacer que llueva” (Van den Berg, 1989, p. 69). El agua que se ha extraído del lago o del río se vierte en las chacras. Y después de ello se espera que las fuerzas de la naturaleza sientan compasión por esos seres de agua expuestos al sol y envíen agua para calmar su padecimiento. A veces acompañan esta petición de lluvia con rogativas por parte de los niños. Los aymaras

“acostumbran hacer que los niños completamente desnudos [subieran] a los cerros y alturas, llevando velas encendidas y cruces, gritando en coro: Misericordia, Señor... Agua por amor de Dios” (Van den Berg, 1989, p.71). Se espera entonces que las rogativas de los niños y los chillidos de los sapos, como resultado de su exposición a condiciones severas, apelen a la compasión de las fuerzas de la naturaleza para que envíen agua, para que haya ‘buen tiempo’.

Los aymaras secan a los sapos, los exponen al sol en la cima del cerro, y es su chillido lo que llama el agua. Y aunque los campesinos quinchieños les dan agua en vez de secarlos, en ambos casos se sabe que es el chillido, ese croar del sapo, el que llama el agua. Al igual que el del grillo. Los chillidos, como menciona Van den Berg, apelan mejor a la compasión de ‘las fuerzas de la naturaleza’. O como se diría en este caso, se sabe que esos chillidos le bregan a los resabios del tiempo, hacen que del atraso se pase a la lluvia, que del sol picante y el cielo claritico se pase a cielos ennuados y a nubes que se botan o se escurren. A cultivos vivos y no a cultivos perdidos. Los chillidos llaman el agua, hacen que el tiempo ‘atempere’, que calme, que le baje a esos resabios.

Entre los nahuas de la Sierra de Texcoco, México, también se hace uso de los sapos para llamar el agua. Pero no son sus chillidos los que la llaman, es su forma y su posición dentro de las ofrendas lo que hace que aquella aparezca. Cuando hay atraso de la temporada de lluvias, los nahuas suelen recurrir a los graniceros o tesifteros, ‘los que saben del tiempo’. Ninguno de ellos se rige por normas específicas para pedir agua, en realidad, las peticiones son tan variadas como los mismos graniceros. Lo que sí puede decirse que tienen en común son las ofrendas, siempre hay una de por medio. David Lorente y Fernández (2011), narra como en San Andrés de la Cal, doña Jovita, una granicera de renombre, realiza un rito de ‘petición de lluvia’ en unas cuevas cercanas, en donde le pide a los ‘ahuaques’, espíritus dueños del agua, o ‘señores del tiempo’ como los llama ella, que donen las lluvias. Para realizar el ritual, doña Jovita pide una cooperación comunitaria, con la cual va a comprar la comida y los demás elementos que le pidieron los ‘señores del tiempo’ en sus sueños. Con los elementos de la ofrenda, doña Jovita se dirige al lugar que soñó, en el que le piden los ‘ahuaques’ que realice el ritual. Estando allí, doña Jovita se encarga de disponer “las ofrendas-juguetes: tortugas, *sapitos*, viboritas, bailarinas, vajillas, arañas, gallinas, soldaditos (...) así como *frutas olorosas*, cintas de colores y papel de china. La comida va sin sal y, puesta la ofrenda, doña Jovita convoca a los aires “a merecer”” (p. 55-

56). Cuando estos aceptan la ofrenda por parte de la granicera, la lluvia está asegurada esa temporada.

En el caso de los nahuas, el sapo aparece como uno de los muchos seres que hacen parte de la ofrenda a los ahuaques para las peticiones de lluvia. Es su forma, en este caso, lo que se resalta para la petición. Además de su vínculo con el agua que, al igual que las tortugas y las víboras, hacen de ellos animales más preferibles para componer las ofrendas. A los señores se les agrada con lo que piden y así se espera que agraden devuelta a los campesinos donándoles agua.

Así se llama el agua o se pide por ella entre los nahuas, los aymaras y los campesinos quinchieños, por medio de sus semejantes, por medio de animales de agua como el sapo, la víbora, la tortuga o el grillo. En unos es su chillido lo que llama, en otros es su forma; en todos es su vínculo con el agua.

Misas, cruces y velones

Uno de esos domingos en los que estábamos en la cabecera municipal vendiendo la panela que habíamos hecho el día anterior, Billy comenzó a contarme cómo era que, para esos soles picantes y esos días claríticos, para esos veranos fuertes que asolaban la vereda, los campesinos se reunían para ver cómo era que se iba a llamar el agua. 'Cuando los campesinos eran bien creyentes -contaba Billy- se reunían entre varios y miraban cómo recoger plata pa pagar una misa, ya fuera que vendieran lo que les daba la finca o cualquier reliquia que tuvieran por ahí. Después de tener la plata se iba un grupito a hablar con el padre al pueblo. 'Que vea que se nos van a perder los cultivos' 'Que por favor háganos la misita pa' que llegue el agua' 'vea que nosotros somos bien creyentes'. Eso les tocaba que ir a rogarle al curita por una misa pa llamar el agua porque a muchos no les gustaba que los viejos fueran a pedir por eso. Ya después de tanta insistidera el cura aceptaba hacer la misa y eso la iglesia se llenaba, eso hasta afuera se veía a la gente, que los hijos, que los nietos, que las nueras. Se le decía al padre que pidiera por ellos, que pidiera para que lloviera. Y todo el que iba era a pedir por el agua, a pedir que lloviera pa que diera buena cosecha'.

Muchos, me contó luego Adela, se llevaban las cruces de las casas, las camándulas y hasta los velones para hacerlos bendecir en la misa. Y al terminar en la cabecera, se iban a la vereda a poner las cruces y camándulas en los techos de las fincas o por los lados de los cultivos. 'Los viejos decían, contaba Adela, que así se llamaba el agua y se pedía por buenas cosechas. Por eso es que usted ve crucecitas por todas las fincas de la vereda. Porque esas llaman el agua y como están bendecidas pues también uno puede pedirles por buenas cosechas'. Los velones, por otra parte, son usados para completar los altares de las fincas, mesas casi siempre de madera con una base redonda adornadas con manteles blancos, velones, camándulas y la imagen de uno o varios santos. Después de la misa, en las fincas se les prendían los velones a los santos y se les pedía por agua y por buenas cosechas. 'Y pues como el padre también pedía por uno, ya eso era al rato que se largaba el agua y que había buenas cosechas', decía Adela.

En marzo, en Santa Cecilia, y en medio del atraso de la época de lluvias, Adela solía prenderle todas las noches el veloncito a Santa Clara, a la Virgen María y al Divino Niño Jesús, siendo ellos los santos de su altar. Se les pedía que mandaran el agua, que no dejaran perder los cultivos y que perdonaran cualquier ofensa. Adela se arrodillaba al pie de la cama, al lado del altar, y con un veloncito blanco y una camándula bendecida, se ponía rezar. Ariel, por su parte, subía todas las mañanas a rondar los cultivos y se echaba la bendición después de tocar la cruz de madera que está enterrada por los cultivos de maíz, ahí por el lado derecho de la finca. 'Así es que pide Ariel, decía Adela. Toca la cruz de la otra vez y se echa a rezar mientras ronda los cultivos'. Esa cruz de palos, resquebrajada por todo lado, más enterrada que por fuera, con colores opacos y con moho en todas las puntas, fue una de las cruces que fueron bendecidas en una de las misas pagadas por los campesinos creyentes de Santa Cecilia. Adela le pedía a los santos, acompañada de velones y camándulas; Ariel le pedía al Señor tocando la cruz bendecida y rezándole mientras rondaba los cultivos. Se les pide a los santos para que llamen el agua, para que la traigan y la hagan quedarse, para que se escurra en los cultivos y den buenas cosechas. Se les pide con velones bendecidos, con camándulas y con cruces. Se les reza arrodillados y también rodando los cultivos. Se les paga misa y se le pide al padre para que interceda.

Los santos y las cruces también llaman la lluvia y eso no sólo se ve en Santa Cecilia, los aymaros suelen recurrir también a ellos para hacer peticiones de lluvia. Uno de los casos

mencionados por Van den Berg (1989), cuenta cómo, en medio de una sequía que estaba haciendo perder las papas, las ocas, la quinua y el resto de legumbres sembradas en el altiplano, los campesinos aymaras recurrieron a la Virgen de Copacabana para hacer peticiones de lluvia. Para ello, se convocó a todo el pueblo y se dirigieron al Santuario de la Virgen para pedirle al padre que, además de hacerle una misa, dejara sacar la Imagen de la soberana en procesión por todo el pueblo. Después de que el padre aceptó por las múltiples súplicas de los campesinos y

Puesta la Soberana Señora en sus andas, adornadas de muchas joyas y encendidas muchas hachas, y cirios, acabada la Misa y sermón, se comenzó la procesión, y habiendo dado la vuelta al cementerio [y llegando] la Santa Imagen al lugar donde está una puerta, por la cual se descubre la laguna, empezó a soplar un viento tan vehemente, que parecía a toda la multitud que allí iba, (...) sucedió que estando el cielo sesgo, claro y sin rastro de haber una nube que se pudiese divisar, [y entrada] la Santa Imagen (...) en su Iglesia empezó a caer una agua mansa, sin ruido ni tempestad, de suerte que todos se mojaban, ni una gota si quiera cayó en [la] Soberana Señora, esta agua ablandó de tal suerte la tierra que de nuevo volvieron a sembrar en toda la Provincia, y fue aquel año el más fértil que se ha visto (p. 165).

La Virgen de Copacabana no sólo les llevó la lluvia, sino que hizo que de ella salieran una muy buena cosecha. Además de los cirios y adornos con los que vistieron a la Virgen para la procesión, los campesinos aymaras llevaban a la iglesia cruces, ramos o palmas, y a veces productos de la cosecha precedente, para que ‘escucharan’ la misa y luego eran devueltos, en el caso de las cruces y los productos, a las chacras, para incentivar el crecimiento y tener buenas cosechas; o, en el caso de los ramos, como protección contra tempestades. Al igual que los campesinos quinchieños, los aymaras les hacen misa a los santos pidiendo que el agua llegue y remoje los cultivos, pero también llevan consigo otros elementos para que sean bendecidos o ‘escuchen’ la misa y llamen la lluvia desde las fincas, desde las chacras, a la vez que les proporcionan protección a los cultivos.

Los santos, las cruces, los velones y las misas -en los que aquellos son agradados y los otros bendecidos-, llaman la lluvia y también llaman buenas cosechas. Por eso es que los quinchieños y los aymaras tienen que hacerles misa a los santos, y llevar consigo cruces, camándulas, velones o productos cosechados, para que los santos sean agradados y aquellos ‘escuchen la misa’ y sean bendecidos. Así se llama la lluvia y se pide buenas cosechas entre aymaras y quinchieños, con misas, santos, cruces, velones y rezos.

Cortadas de lluvia o conjuradas de tempestades

‘Cuando -como dice Ariel- comienza a tronar durísimo y a relampaguear, y que comienza el agua como a venir, como a llover, pero se va de lado, como en puro viento y tronando’, los campesinos suelen recurrir a diferentes acciones para ‘calmar’ o ‘cortar’ la lluvia, en las que se hace uso de cruces, de niños, de animales de agua y de velones. Y se los acompaña con reventadas, chillidos, humo, rezos y regaños. A esos enredos con otros bichos y sustancias con miras a ‘calmar’ el agua, se les llama ‘cortadas de lluvia’, y eso es lo que se muestra a continuación. Dos apartados en los que se enredan la sal, las cruces, los niños, los ramos o palmas bendecidas, el humo, la quema, los olores y los campesinos. Y, como en el apartado anterior, se mencionan algunos ecos que estas cortadas de lluvias encuentran entre los aymaras y los nahuas.

La sal en la teja

La cabecera es fría, no hay día en que no llueva. Siempre aparece el agua, aunque sea como una de esas lloviznas ‘espantabobos’ o ‘espanta viejitas’ que suelen darse en las tardes. En las mañanas se suele ver el cerro Gobia invadido por neblina, pero a eso del mediodía la neblina se ha dispersado y el cerro se alumbró con el sol picante de Quinchía. Cuando el cerro amanece sin nubes negras encima es porque el día va a estar ‘clarito’, con de esos soles picantes; pero va ser una noche tempestuosa, de esas en las que truena y relampaguea feo, de esas en las que se escucha al cerro como rugir. Cuando el cerro amanece con nubes grises medio transparentes es porque el día va estar frío, pero no se van a dar tempestades; el mismo día se predice cuando el cerro amanece tapado por la neblina. Pero, aun así, siendo un día ‘clarito’ o ‘frío’, siempre aparece el agua.

Por eso la tía Flor siempre sale con paraguas en mano. Ese día estaba clarito, el cerro Gobia se podía ver sin dificultad. El sol picaba, por lo que la Plazoleta de la Paz estaba vacía. Los niños y adultos mayores, que suelen estar allí en las tardes, se refugiaban en uno que otro alero de las casas o negocios de los costados de la plazoleta. Se escuchaban los llamados desalentados de los conductores y las mujeres que venden tinto y comidas en los puestos de laterales.

La tía Flor y yo subimos a la panadería para llevar ‘alguito’ a la casa de Nelfa, a quien íbamos a visitar. Después de comprar unos roscones y panes agridulces, comenzamos a

subir. La casa de Nelfa queda pasando el recodo, pero antes de llegar a la bifurcación que da la vía hacia la vereda Santa Cecilia y la entrada al Cementerio. Su casa se conoce como el 'vivero'. Destaca por los colores vivos de la fachada, mitad verde mitad naranja. Las matas se ven por todo lado. Algunas hacen de alero, otras de cerca, otras de jardín y una que otra acompaña los pequeños escalones hacia la puerta. Además de vender semillas y matas 'crecidas', funciona como herbolaria, al pasar por la cortina blanca que hace de puerta, hay una repisa con pequeñas divisiones. 'Para el dolor de cabeza', 'Para dolores estomacales', 'Para hinchazones', eran algunas de las etiquetas de esas divisiones, dentro de las cuales se encontraban pequeñas bolsitas de papel con los nombres de las yerbas que contenían.

Nelfa Aricapa, es pariente por afinidad de la tía Flor. Pertenece también a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Es mucho mayor que la tía Flor, pero se conserva mejor. Es bajita y delgada, pero con voz fuerte y gruesa. Pasamos la tarde sentadas en el comedor, tomando tinto y conversando sobre cómo los Aricapa, por lo menos los de su núcleo familiar, se fueron yendo poco a poco de Quinchía y ahora son pocos los que tienen tierras y se quedan a trabajarlas. Un trueno interrumpió la conversación, luego se escucharon pequeñas gotas golpeando las tejas de zinc. Y de un momento a otro, sin dar espera, se vino el agua. Los truenos sonaban cada vez más seguido, acompañados de uno que otro destello que se hacía ver por entre las ventanas de vidrio. '¡Se largó el aguacero! ¡Hum! ¡Si ve! a esos soles picantes hay que tenerles miedo'- dijo Nelfa, volviéndose a acomodar en la silla después de haber mirado por la ventana. Se escuchaba y sentía el aguacero, de esos que hacen estremecer, aunque suavemente, la tierra. '¡Vea cómo ruge!'- dijo Azalón, el esposo de Nelfa, que venía bajando del segundo piso. Se refería al cerro Gobia, al que la casa le da la espalda. 'Porque es que es de allá que viene el agua'- dijo Azalón, después de preguntarle por el rugir del cerro. Nos acomodamos todos en el comedor para algiar, chocolate, que había acabado de hacer Nelfa, juntos con los roscones y los panes agridulces que habíamos traído.

Después de un rato, todavía se escuchaba y se sentía fuerte el aguacero. 'Esperemos a que calme y arrancamos'- me dijo la tía Flor. Mientras tanto, Nelfa y Azalón comenzaron a conversar sobre cómo era que los viejos cortaban el agua para poder seguir trabajando. 'Eso era cuando el tiempo estaba así, que no dejaba hacer nada, ni sembrar pues. Eso quemábamos sal. Quemaban sal pa cortar la lluvia y eso al rato despejaba'- continuó - 'Yo

me acuerdo que los viejos acostumbraban poner sal en una teja. Eso prendían ahí afuerita unos carbones. Pero tenían que estar así al rojo vivo, que humen. Y en un pedazo de teja se echaba sal. Y se la ponía ahí, encima de los carbones, se le echaba la sal. Y entonces la sal eso comenzaba a reventar. Y ya al rato se cortaba y despejaba’.

La sal seca, me comentó luego la tía Flor, por eso es que corta y despeja, porque seca el agua que se está escurriendo. Al echarse al carbón y al reventar, bota humo y es ‘ese humo es lo que corta. Por eso hay que echarle harta sal, pa que reviente y salga la bocanada’- me dijo luego Ariel al preguntarle cómo era que la sal podía cortar el agua. Así, más que la sal, es el humo que esta produce al reventarse lo que hace que calme y que atempere, lo que hace que las nubes dejen de escurrirse y que se muevan pa’ otro lado, despejando el cielo enubado y haciendo el día claritico.

En este caso, y contrario a las quemas, lo que hace el humo de sal es espantar, limpiar, ‘despejar’, más que atraer. Que el humo que botan las quemas espante la lluvia se ve también entre los aymaras, y sobre todo en casos de granizada. Cuenta Van den Berg (1989) que ante la amenaza de granizada el “responsable de proteger las chacras quemará ají en el fuego, huesos de pescado, un feto de burra y hojas de palmeras bendecidas en Domingo de Ramos” (p.77). En algunos casos también se quemará estiércol, lo que junto a los “los huesos de pescado quemados producen un olor insoportable que debe ahuyentar a este espíritu” (p. 79). Mientras tanto, el responsable y cualquier otro campesino que lo esté acompañando, lanzará gritos y realizará movimientos amenazantes a las nubes de granizo que se acercan. Gritará ‘kuti, kuti’ (vuelve, vuelve), esperando que el granizo vuelva del lugar del que vino.

Los olores, el humo y todo aquello que se consume durante la quema es lo que corta la lluvia. Entre los quinchieños será la sal la que seque y luego despeje, entre los aymaras serán los fetos de burra, los huesos de pescado y el estiércol quemado lo que espante al espíritu del granizo. En ambos casos será el olor emanado de la quema lo que corte la lluvia.

Cruces, ramos y niños

Ese día, en Santa Cecilia, se estaba haciendo sentir el calor más que de costumbre. Laica y Guardián, los dos perros de la casa, estaban con la lengua afuera en las orillas de la pequeña quebrada que bordea la finca. Ariel estaba sentado en la silla del balcón, con la camisa abierta hasta el ombligo, el pantalón arremangado y los pies descalzos sobre el piso. Las chicharras y los mosquitos estaban alborotados. ‘¡Mirá! esa va a reventar’- dijo Ariel, refiriéndose a las chicharras que chillaban y chillaban cada vez más fuerte, cada vez más seguido. Las chicharras llaman el verano o avisan que está llegando y después revientan, como fue el caso. Por esos días se solían encontrar los ‘cascarones’ de las chicharras reventadas por el camino. Ni una ventisca se había sentido a lo largo del día. Ni una nube se veía salir del cerro ni de las lomas aledañas. Estaba clarítico.

Como era domingo, Adela se puso a hacer las arepas de yuca que buscan sus hijos cada fin de semana cuando van a visitarla. Se tiene que tener maíz, de esos que todavía están tiernos, no maíz chόcolo, pero tampoco del que sacan pa los pollos porque ese ya es muy duro. El maíz tiene que estar un poquitico tierno, pero no mucho porque si no queda muy sopudo. Tiene que estar así casi como si ya estuviera pa los pollos. Escogido el maíz, Adela y yo nos pusimos a desgranarlo. El bochorno se siente más en la cocina. Adela estaba colorada y jugada en sudor. El calor del fogón de leña lo sentíamos en la espalda, por lo que intentábamos arrimarnos bien al pollo y a la pequeña ventanita que hay en uno de los costados de cocina. Cuando pusimos a cocinar el maíz, salimos a buscar fresquito al balcón. De vez en cuando Adela iba a ponerle ojo. ¡Mija, ya está blanditico! - dijo Adela. Y mientras yo lo escurría, Adela picaba la yuca, porque hay que molerla toda junta con el maíz. ‘Todo revueltico’- decía Adela. Después de agarrado el molino al pollo, se comienza a dar vueltas a la manija hasta que la masa salga lista. Mientras Adela armaba las arepas, yo le ponía ojo a las que ya estaban en la parrilla, ‘toca que tener mucho cuidado con la asada porque esas arepas como son de yuca están muy rápido y se queman muy rápido’- me advertía.

Adela no suele hablar mucho. Pero en la cocina, como siempre decía Marta, su hija mayor, ‘se suelta la lengua’. En conversaciones pasadas, Adela había notado que me llamaba la atención las cortadas de las tempestades y las llamadas de las lluvias. Por lo que, sin más que hablar mientras esperábamos que las arepas estuviesen, comentó: ‘la otra vez decían que una cruz al aire’. ¿Una cruz al aire? -, le pregunté, sin saber de qué estábamos

hablando. ‘Sí hija, que pa echar el agua, pa espantar las tempestades’-continuó- ‘Así’-dijo Adela, mientras mostraba el puño entreabierto y hacia la señal de la cruz. ‘Los viejos salían y hacían la cruz de sal, echándola al aire. Ahí donde se veían cargadas [las nubes]. Regañando la hacían’ ‘Vete, vete de acá. Decían los viejos. Y fijo al rato ya limpiaba, ya despejaba y se veía claritico, así como ahora’- dijo Adela.

Como cuenta Adela, la cruz de sal se echa al aire en dirección a las nubes cargadas, esas negruzcas que están a punto de escurrirse, y es esa cruz de sal la que, además de secar el agua, espanta las nubes y hace el día claritico. Las cruces, como se ha comentado en el apartado de ‘peticiones de lluvia’, son comunes en las fincas de la vereda. A estas, se las hace bendecir en las misas pagadas para que llamen la lluvia y se las lleva a las fincas para que velen por los cultivos y los campesinos. Pero, como a los santos y a los velones, además de usarse para llamar la lluvia también se las usa para espantarla. De allí que se haga, si no se tiene una cruz o una camándula bendecida a la mano, una cruz de sal y se la eche al aire para secar y espantar las tempestades. Se espera que estas cruces de sal, junto a aquellas que coronan las casas o que se entierran en los cultivos, den protección; y por eso es que además de llamar el agua cuando la tierra está seca y los cultivos piden remojarse, también cortan las tempestades que amenazan a aquellos que están protegiendo.

Esto también se ve entre los aymaras, los cuales suelen hacer de las cruces una parte esencial de las casas. En las esquinas de las chacras, en la cima del techo de las casas y, a veces, coronando los ‘calvarios’, o altares, suelen ponerse cruces. Así le dice un aymara a Van den Berg (1989) “Utilizamos la Cruz para nuestro cultivo y nuestro ganado, es defensa diaria (...) Cada año nos llevamos una fe a la Cruz para que no haya granizada y helada” (p. 184). Así, al igual que entre los quinchieños, las cruces protegen, ya sea proporcionando o llamando el agua o cortando las nubes cuando hay tempestades o amenaza de heladas. Para que las cruces protejan, como se mencionó anteriormente, se las suelen llevar a la iglesia para que escuchen la misa, especialmente la del 3 de mayo, el día de la ‘Fiesta de las cruces’. Ahí es cuando quedan bendecidas, ya protegen, ya ni las heladas ni las granizadas se ven como amenazas (Van den Berg, 1989). Estas también aparecen entre los nahuas de la Sierra de Texcoco, allí son usadas como elementos conjuratorios de los graniceros. Cuando se acercan nubes que se saben son de granizadas, los tesifteros para conjurar la nube y alejarla de los cultivos cercanos, miran

fijamente la nube que se está acercando y con palma, una vara de membrillo, un machete o con un crucifijo, o en caso de no tener nada a la mano, simplemente con los dedos en cruz, la señalan y le dirigen palabras y gestos violentos (Lorente y Fernández, 2011).

Como las cruces, hay otros elementos bendecidos que le hacen frente a las tempestades y borrascas. Como dice Billy, 'cuando está lloviendo mucho, en semana santa, pues uno, la costumbre en los pueblitos, es llevar el ramo para hacerlo bendecir. Esos ramos siempre se los guarda. Y cuando llueve, que está tronando y relampagueando mucho, cuando están haciendo tempestades, se prende un pedazo de un ramo pa que deje de llover. Los cirios que le dan a uno cuando hace bautizar a un niño, esos cirios también se prenden pa' que calmen la tempestad'. Entre los aymaras también se hace uso de los Ramos bendecidos para cortar las tempestades, pero suele estar acompañado de otros elementos y ademanes. Como se mencionó anteriormente, los responsables de las chacras además de hacer quemas de elementos que boten olores fétidos también queman "hojas de palmeras bendecidas en Domingo de Ramos" (p.77).

También se prenden velones contra la lluvia. Cuando las tempestades aparecen en Santa Cecilia, Adela suele prenderle velones a Santa Clara. Como cuenta ella, 'se le prende la vela a Santa Clara pa' que deje de llover cuando hay mucho invierno. Se saca una velita y se prende en el patio pa' que no llueva. Le dice uno ¡Oh Santa Clara Bendita! que deje de llover y que haga solecito pa' que no se dañen las cosechas'. La vela tiene que ser blanca, se debe prender afuera, en este caso Adela la prendió en el murito del balcón, y debe acompañarse de rezos y rogativas para que corte la lluvia.

Y al igual que las cruces, las quemas y los velones, los chillidos de los niños además de llamar el agua, hacen que esta se corte. Cuenta Ariel que 'cuando, la otra vez, que hacían esas tempestades tan horribles que se le pegaban una palmada a un niño o a un bebé pa' que llorara y cortara la lluvia". El chillido del niño corta la lluvia y eso también se da entre los aymaras. Cuando las heladas amenazan gravemente los cultivos, la comunidad entera se ve en la obligación de participar e intentar evitar la destrucción que se avecina, así

A eso de las nueve de la noche, temiendo que la temperatura siguiera bajando, la gente salía a los patios de sus casas. Casi todos encendían fuegos, usando toda la paja vieja y bosta de la que podían prescindir. A medida que los fuegos se apagaban, hacían arrodillar a todos los niños juntos en el centro del patio para gritar

hacia el este "Andate de aquí, helada Andate a otra parte". Algunos sacaban luego sombreros de sus casas y los colocaban en un círculo boca arriba Otros hacían sonar los pututu y gritaban a voz en cuello "Andate, helada, fuera de aquí (Van den Berg, 1989, p.77)

Al igual que con los sapos y los grillos, son los chillidos y ruegos, resultado de una palmada, de una sacudida o de la exposición a condiciones extremas, los que hacen cortar la tempestad. Los chillidos salen y la tempestad se calma, se corta y el tiempo atempera. Parece que los niños, al igual que los animales, suelen apelar mejor a la compasión de los espíritus y santos.

Para cortar la lluvia, en el caso de Santa Cecilia, se espera que los chillidos, las cruces, las quemas o los ramos apelen e intercedan por los campesinos ante los santos, para que el tiempo se deje de resabios y atempere. En el caso de los aymaras se espera que los olores, las quemas, las hojas de palma y las cruces, intercedan ante los cerros y corten las tempestades y heladas. En ambos casos se espera protección porque el tiempo es resabiado y a veces amenaza a los campesinos y sus cultivos.

¡Briéguele!

El tiempo tiene temperamento, eso lo saben en Santa Cecilia, en el altiplano boliviano y en la Sierra de Texcoco. Que tenga temperamento implica que tiene, "carácter, manera de ser y de reaccionar" (Real Academia Española, s.f., definición 1). Lo que se mostró en este capítulo fueron las maneras de 'reaccionar' del tiempo ante los resabios campesinos. De tanto bregarle al tiempo los campesinos han tomado ciertas mañas que les permiten vacilar con el tiempo, como él inicialmente vaciló con ellos. Así, ante atrasos y tempestades se tienen llamadas de lluvia y cortadas de agua. Ante soles picantes, días claríticos y bochornosos se tienen las quemas, los grillos, los sapos, los santos, las misas, las cruces, los altares y los velones. Ante rugidos del cerro y ventarrones helados se tiene la sal, los ramos y los chillidos o ruegos de los niños. Se sabe que el tiempo es resabiado, pero de tanto bregarle encontraron cómo apelar a esos resabios. Los campesinos nos enseñaron que con quemas y olores agradables se puede llamar al tiempo, y con él al agua; que con chillidos de sapos y niños se apela a sus resabios y termina haciendo que el agua llegue después de meses de sequía; que cuando está muy temperamental botando agua por todo lado y haciendo que la tierra se escurra y se ahoguen los cultivos, se lo puede cortar

quemando sal o huesos de pescado, fetos de burro y estiércol, porque esos olores fétidos hacen que no se amañe y que se espante.

¡Briéguele! - me decía siempre Adela, al verme botar la comida de los gallos por miedo a acercarme de más y resultar picada. ¡Briéguele, hija! ¡Briéguele! - me decía, desde el balcón viendo cómo me zarandeaba de un lado a otro y estiraba la mano intentando colgar las cocas de comida mientras esquivaba los picotazos de los gallos. De tanto bregarle resulté aprendiendo que a los gallos no se les puede mostrar la comida mientras uno se les va acercando porque es de una que se le van tirando. Las cocas de comida se tienen que esconder y sólo cuando se esté ahí pegadito de la jaula es que se sacan, cosa que uno alcance a colgarlas antes de que el gallo mande el primer picotazo. Así fue que aprendieron los campesinos a sobrellevar los resabios del tiempo, bregándole. De tanto bregarle al tiempo los campesinos aprendieron cómo es que ese reacciona con ciertos bichos, materiales y sustancias. Fue con humos, olores, chillidos y rezos que los campesinos se resabieron con el tiempo.

El tiempo como resultado de los enredos de aires, aguas, olores, chillidos, sonidos, gentes y bichos; el tiempo siendo y haciéndose en -y con- gentes y bichos, es lo que se cuenta a continuación, una forma caliente yalzada de ver los enredos de los que emerge y las marañas que suscita, eso es lo que cuenta el siguiente capítulo.

Lo caliente: enredos melosos y violentos

Desde la carretera

El cielo se mantiene claritico en Irra, rara vez se cubre. Algunas veces, nubes cargadas se asoman desde las laderas o cerros aledaños, pero los ventarrones que se dan arriba las arrastran, las alejan, las elevan hasta que ya no pueden enfrentar los vientos contrarios y se atascan, nubes y vientos, entre grandes cerros. El celeste opaco que adopta el cielo sólo se ve interrumpido por unos cuantos trazos blancos, unas nubes escurridas, estiradas, tan transparentosas que los vientos parecen atravesarlas. A falta de algo que le haga frente, el sol pasa libremente y se escabulle hasta los rincones más prometedores. De las casas la gente sale jugada en sudor, con camisas abiertas y abanicos improvisados, esperando el fresquito que ofrecen los carros que pasan a mil por plena carretera. No hay ventilador que valga. En los minimercados los empleados afanados van tapando con pedazos de cartón las vitrinas que va tocando el sol, pero eso no impide que el bochorno se asiente dentro, derritiendo todo lo que con calor tiende a escurrirse. Por el contrario, los panaderos dejan que el sol le dé de frente a las vitrinas, haciendo alumbrar hasta los granitos de azúcar de esos panes agridulces que ya llevan varios días. De tanto calor hasta los churros se escurren, el azúcar que los cubre se vuelve un pegote transparentoso y melcochudo que muchos evitan, pero que los niños desean. Los panes dulces con formas de animales, los roscones, los pasteles para fiesta, esos vasos con gelatina o con crema y fresas, alumbran a lo largo del día en las vitrinas, llamando al pasajero descuidado que da por sentada su frescura. Parece que lo único oscuro son las cantinas, en donde a falta de ventanas, baldosas claras o cualquier cosa que refleje el sol, adopta un ambiente sombrío y pesado. Solo los bombillos con luz baja y las pequeñas luces titilantes que salen de los parlantes, altavoces o televisores dan cuenta de la presencia de uno que otro borracho dormido, o del mesero que con tedio mira a su clientela. Los pregoneros de chances y rifas, con chalecos de plástico de colores reflectivos, sudados por todo lado y con gotas cayéndole hasta en los ojos, gritan desalentados desde cualquier sombra que

encuentren y solo se mueven cada tanto, cuando tienen fichado otro pedazo de sombra. De los negocios de chucherías, los empleados gritan con fuerza desde dentro, moviéndose hacia atrás cuando ven que el sol ya les está pegando en los pies. Chivas, buses o minivans, que tienen como una de sus paradas Irra, buscan cómo esconderse del sol parqueando bajo uno de esos pocos árboles que todavía dan sombra en plena carretera. La gente se baja colorada, los niños chillando o pálidos de tanta voltiadera o de una que otra vomitada, los conductores se quejan de esos malos viajeros que no aguantaron las curvas destapadas y se botaron dentro del carro, o de los que llevan gallinas en estopas o cajas, haciendo del bus una combinación extraña entre gritos, chillidos y alaridos, junto a olores ácidos de cuerpos sudorosos, olores agrios y amargos de comida que no alcanzó a digerirse, combinados con loción o límpido, que más que opacarlos los resaltan. Todos sufren cuando uno de los pasajeros tiene por destino Irra, pues toca esperar que los gritos del ayudante llenen ese cupo que falta para salir vola'os de ese horno. Todos se escurren y parecen pesados. A pasos lentos van los pregoneros de sombra en sombra, de grito en grito. Desde la panadería o el minimercado el ayudante busca su último pasajero, primero haciendo chistes y hasta con ánimo; luego sudado, escondido en la sombra de un alero y con desaliento implorando que se llene ese cupo. Los borrachos, dándose cuenta que es de día, salen sorprendidos de las cantinas y prefieren volver a entrar a terminar arrastrados por el calor y el guayabo. Las únicas voces con fuerza salen de los parlantes de las cantinas, “y me bebí tu recuerdo para que jamás vuelva a lastimarme...” “No dejes que la lengua impía se divierta con este mi dolor...” “por eso la plata que cae en mis manos la gasto en mujeres bebida y bailando...”, con el coro de los borrachos que se animaron al escucharlas. También de las señoras que salen a comprar el revuelto y se ponen a chismosear en las tiendas, panaderías o negocios de chucherías; y de los colegiales, que después de su jornada salen volados a heladerías. Esas voces salen calientes y con fuerza.

El calor del mediodía acentúa los olores. Se sabe que hay fritanga en los puestos de la carretera porque el olor a grasa y comida recalentada llega hasta la nariz más esquivada. Las señoras que están aguantando el sofoco del fogón y el bochorno del día, avisan con fuertes gritos que hay pasteles de carne, empanadas, chorizo y a veces hasta pedazos de chicharrón. Cada tanto el olor a pan caliente compite con el de la fritanga, el que gane es el que llama la clientela. Esos panderitos, arequipes, cocadas, gelatinas, brevas y suspiros, que llenan las vitrinas improvisadas en andenes, botan cierto olor dulce, pegotudo y

melcochudo, que solo los viajeros desean. De las cantinas y discotecas sale tufo de aguardiente y cerveza, de trasnocho y humo, de orines y cosas viscosas. Las aguas bravas y caudalosas del río Cauca botan un olor como a tierra húmeda. Los ventarrones que bajan de los cerros arrastran un olor a pasto recién cortado. Esas aguas y ventarrones dan un olor a monte, pero el humo de cigarrillo que sale de cantinas y tiendas, y el que botan todos los carros que pasan vola'os por la carretera, enredados con el polvo que se mantiene elevado por esos mismos aires contrarios y constantes, le dan olor a urbe, a pueblo. Ningún ruido sorprende. Ningún olor resalta. Pasan chivas y buses pitando, niños y perros chillando, pregoneros de chances, rifas y chucherías; y ninguno llama la atención de forma particular, todos resultan enredados con el polvo, las historias, las ventiscas y ventarrones, los sudores y las comidas, la música y los chismes.

Para arriba y para abajo, desde la carretera, las casas van tomando más terreno. Algunas son enormes, levantadas en material, con grandes ventanales, antejardines y hasta con piscina. Otras apenas paradas en ladrillos y con cachos en los techos que muestran la intención fallida de un segundo piso. Cada tanto aparecen de esas que llaman 'ranchos viejos', todavía de bahareque, con techos que intercalan tejas de zinc y de barro, de amplios balcones y pequeñas ventanas. Todas enrejadas, con pedazos de madera o con hierro bien forjado. Entre más arriba o más abajo, las calles se van destapando, achicando y calentando. La gente va ocupando, con mesas y sillas de plástico amarillo, de esas que tienen la publicidad de la cerveza pegada, el pedazo de calle que a esa hora tenga sombra. Se ven tendaderos improvisados con alambres o cabuya, que a veces van de lado a lado de la calle o de reja en reja. No falta Alci Acosta, Rodolfo Aicardi, Galy Galeano y Julio Jaramillo saliendo de los equipos de las tiendas, que tienen más avisos de tragos que de comida, más pinta de estanquillo que de minimercados. Las cantinas no se dejan opacar y a tope le suben a los parlantes. Los borrachos que la rodean y las sustancias viscosas que la delimitan, forma un pisquero, que resulta de la mezcla constante de cerveza, aguardiente, sudor, mia'os y humo de cigarrillo. Desde las puertas de las cantinas o de esas pequeñas ventanas de los 'ranchos viejos' o desde los grandes ventanales de las casas paradas en material, se ve a la gente asomada, echándole ojo al que pase, echándole chisme. Las miradas se van sumando y van calentando al que es ojeado. Los demalas a veces cruzan miradas con el que no era, con el que no se debía, con el prendido o el caliente, y sin falta se arma el tropel. Entre más arriba o más abajo los ruidos se van alzando y la gente se va calentando.

Las galleras

A esas calles estrechas, bullosas y calientes, se iban a probar suerte mi tío Lisandro y mi abuelo Alirio. De pelaos bajaban desde Santa Cecilia, de ahí mismo de la finca que ahora es de Ariel, con el Tominejo, un gallo que ellos mismos cruzaron con gallinazo y que entrenaron desde que nació. En ese tiempo, cuentan ellos, sólo había una gallera en Irra, las otras estaban regadas por todo Quinchía. Pero era a Irra que llegaba todo el mundo, lo caliente llama gente. El sonido de los carros destartados intentando parquear en medio de baches, la gente saltando desde los techos de los jeeps, los conductores de chivas pegados del claxon, los caballos relinchando por ser amarrados y las ciclas acuñadas en el andén, avisan que es el día de pago, que viene la montonera. Desde temprano se va llenando la carretera. A lado y lado se ve a la gente con botas de caucho, machetes, sombreros, camisas arremangadas y abiertas en el pecho, que dejan ver una que otra camándula, una que otra cadena bañada en oro o de plata, con los pantalones embarrados o mojados; y a mujeres entaconadas, bien peinadas, con minifaldas o shorts y blusas medio escotadas. Muchos ya están prendidos y repartiendo trago al conocido, otros ya borrachos y medio dormidos en los andenes, otras ya se hicieron el día y buscan como devolverse, otros apenas llegan con gallos tapados y apuestas pactadas, otros apenas destapando el trago les dan el primer chorro a las ánimas. Las cantinas y estanquillos suben a tope a Los Relicarios o Los Visconti, los puestos de comida se van acomodando en las esquinas, en donde suelen terminar o comenzar los borrachos, las galleras abren las puertas, suben la música, prenden los fogones para la comida trasnochada y acomodan todo para las riñas. La gente baja desde los cerros, desde la carretera que bordea el río Cauca o las que se adentran en montañas y las atraviesan. Todos llegan los días de pago a probar suerte, disfrutar del calor del aguardiente y la calidez de las putas.

La gallera que recuerda mi abuelo y mi tío quedaba por arriba, desde la carretera, alejadita de las casas y cerquita a las cantinas. Desde afuera sólo se veía un rancho parado en tejas de zinc y guadua. El sol de la tarde le pegaba por detrás, dándole un tipo de aureola a la gallera. Desde lejos se escuchaba el chillido de las tejas por el calor recibido todo el día, junto al cacareo de los gallos, que por llegar temprano ya estaban asados del calor. Un hueco, con una forma parecida, pero no igual, a un rectángulo, era la entrada. Cada tanto alguien se tropezaba y entraba 'de jetas' a la gallera. Afuera se parqueaban los galleros con sus jaulas, algunas tapadas para que no les ojearan a los animalitos, y esperaban para

cuadrar peleas o para entrar resguardados por su gallada. El que entra sólo se expone a todo tipo de daños. El potrero que rodeaba la gallera era el baño público, el que quisiera darle vueltas le toca echar ojo para no salir 'cortado'. A lo que se entraba se hacía más evidente que ese rancho estaba parado en guadua y madera. Dos o tres troncos hacían de columnas, otros tantos de vigas. De tronco a tronco se pegaban tejas de zinc que hacían de paredes y otras de viga a viga que hacían de techo. Lo primero que veía quien entraba eran los puestos de comida, estufas de carbón con todo tipo de ollas encima, desde pailas llenas de manteca para la fritanga, hasta los indios con caldos de gallina, o gallo si tocaba. A los lados se colocaban las jaulas que llevaban los galleros, y en las bancas y mesas, que llenaban la mitad de la gallera, unos comían, otros preparaban a sus gallos, otros iban arreglando el case de la pelea y otros comenzaban la prenda con aguardiente o cervezas.

Más pa'llacito, como en la mitad, pero tirando para la izquierda, estaba 'el ruedo', donde los gallos se 'tiran a la suerte', un círculo hecho de tablillas, ni tan alto como para que la gente no alcance a ver ni tan bajo como para que los gallos se salgan, y, como en toda la gallera, la tierra pisada hacía de suelo. Como casi todas las riñas eran de amanecida, tocaba asegurar que la pelea se viera, de ahí que el ruedo tuviera una de las pocas lámparas que medio alumbraban. A su alrededor se paraba una estructura en guadua sobre la que se pegaban pedazos de madera, de abajo hacia arriba, que hacían de gradería para cualquiera que quisiera echarle ojo a la riña. El resto de la gallera tenía un ambiente sombrío, reflejos tenues que salían del ruedo. ¡Claro! a excepción del 'pesaje', esa balanza postrada sobre un tronco, justo antes de la entrada al ruedo, tiene que verse bien, porque es por el peso de los gallos que se casa la pelea; esa parte tenía un bombillo colgado que le daba justo de frente al marcador y la aguja, como para que no hubiera forma de equivocarse.

A lo que oscurecía se iba llenando la gallera y sus alrededores. Los mia'os y el olor a mierda se iban opacando por el humo del carbón que invadía todo el rancho. En las bancas y mesas los galleros iban presentando a sus gallos, los 'careaban', los ponían cara a cara para ver si se tiraban. Si se mandaban picotazos era señal de buena pelea, si ni siquiera se miraban era que no se reconocían, que se extrañaban, y tocaba buscar otro case, porque así los gallos se rehúsan a pelear en el ruedo y sólo le dan vueltas. Los galleros que ya habían casado, 'montaban' a sus gallos en las mesas de madera que se ponen a los lados del 'pesaje', les iban pegando las espuelas, los hacían ejercitar por última vez y

los revisaban para no tener sorpresas en medio de la riña. En la esquina derecha de la gallera, ahí diagonal a los puestos de comida, estaban las mesas de las apuestas. Donde además de casar peleas y pagar ventajas, llevaban a los gallos ganadores para recibir sus premios y una que otra cerveza a cuenta de los apostadores o jueces que le habían montado la suerte a ese gallo. Al lado de esas mesas estaba la de los quejidos, mesas con sangre salpicada, gallos moribundos y galleros calientes. A lo que llegaba un malherido se montaban las maletas y se comenzaban a sacar pedazos de tela, café y parafina para tapar las heridas profundas. Si el gallo no aguantaba se lo pasaba a la cocina, caldo fresco salía en pocas horas.

A ciertas horas se veían salir bocanadas de humo porque las cocineras echaban al carbón los gorditos que le sobraban de la fritanga para llamar gente. Y siendo más efectivas que los gritos, se llenaban los fogones y rápido se iba acabando la primera tanda de comidas. En los pocos espacios que quedaban entre las mesas, las jaulas y la cocina, se veía a la gente prendida y caliente. Unos echándose cuerpo por un desacuerdo o una mala mirada. Otros zapateando, intentando seguirle el ritmo a lo que sonaba. Uno que otro empujando al atravesado para abrirse paso a la cocina o al baño. Otros bien pegaditos, a pesar del sudor, haciéndose cariñitos. Después de cada pelea salían los galleros y su gallada en busca de la plata apostada o de formas para invertirla, sea comida, trago o compañía, a veces la plata daba para meterle a todas. Ese gentío envuelto en grasas, historias, tragos y humo se hacía sentir hasta el ruedo, el sofoco asomaba por las graderías, al igual que el bullicio y las risas. Y aunque la gente iba saliendo a mear, fumar, beber o con un gallo pelao para la cocina, otra llegaba con gallos cargados, peleas casadas y botellas o cajetillas llenas.

Las peleas iban pasando, gallos y galleros salían malheridos o colorados. Muchos gallos acompañaban a sus galleros en las borracheras, mientras sus galladas echaban cuenta de la riña que había ganado o de los gallos muertos y la plata perdida ese día en el ruedo. Los que estaban calientes iban saliendo en busca de compañía. Los fogones dejaban de echar humo porque ya no había qué calentar. Los guapos se iban en busca de riñas. Los jueces iban sacando su parte y abandonando el rancho. La gallera se iba despejando, pocos quedaban para casar, pocos para apostar, pocos para ojear. Los que salían tapados en plata bajaban a la carretera y en las cantinas o burdeles se iban vaciando. Cuando los

bombillos ya no eran necesarios, se sacaban a los borrachos despistados, y la gallera cerraba hasta el nuevo día de pago.

Una crianza tierna pero melosa

Mi tío sólo cruzaba animales de raza, porque esos son los que se crían como buenos peleadores, como buenos cortadores. ¡Que aquella gallina es fina y dio gallos parados! ¡y que a aquel gallo saraviado se le probó la bravura en no sé cuántas peleas! Ahí había un buen cruce, de ahí tenían que salir buenos gallos. Los gallos mestizos cuando sienten el chuzón de los espuelazos, salen corriendo, huyen de la pelea. Los gallos finos son bien parados, cuando ven otro gallo de una les tiran, el picotazo o espuelazo no da espera. Pero cuando a Veneno, uno de sus gallos más finos y parados, lo mató un mestizo en Sevilla, Valle, mi tío quiso comenzar a hacer cruces con otros tipos de aves. Lo que más le sorprendió de aquella pelea en Sevilla fue que el mestizo resultó ser un ‘gallo jugador’. Veneno alcanzó a mandarle un espuelazo en los primeros minutos de la pelea y el gallo mestizo apenas sintió el chuzón salió ‘pitado’, corrió hasta el extremo del ruedo y comenzó a darle vueltas. Veneno no esperó a que el gallo se acercara, sino que salió tras él. De tantas vueltas Veneno resultó mareado y cansado, y cuando se detuvo, el gallo mestizo volteó y lo mató de varios espuelazos en los pulmones. A eso se le llama un “gallo jugador”, un gallo que engaña a su contrincante.

Fue ese gallo el que incitó a mi tío a experimentar cruces con diferentes tipos de aves. De pelao le habían enseñado en Irra a cruzar gallinas finas y gallinazos, pero como era tan difícil encontrar los huevos o las crías de los gallinazos no había tenido la oportunidad de intentarlo, hasta que se ganó unas crías a costa de la victoria de uno de sus gallos y se puso a probar suerte con esos cruces. A los gallinazos les cortaba las alas para que se acostumbraran a vivir como cualquier otro gallo, y con varias gallinas, todas de raza, los levantó juntitos. Los alimentaba de la misma forma, los sacaba a la misma hora y los asoleaba. Cuando las gallinas se acostumbraban, o más bien reconocían, a los gallinazos, los separaban hasta que estuvieran en tiempo de reproducción. Cuando llegaba el momento, y teniendo fichada a las parejas, se encerraba a los animalitos y se esperaba que dieran señales de gusto. La gallina debía agacharse mostrando que quería que el gallinazo se le montara, a lo que este debía responder pisando a la gallina, es decir, subiéndose en su dorso, agarrándola de las plumas del cuello o del pescuezo y colocando

su cola al lado de la de la gallina. A lo que el gallinazo abría y bajaba las plumas de la cola se sabía que la gallina había quedado lista.

El único cruce que le dio buenos gallos fue el de una gallina española, colorada y con una que otra pluma blanca, y el Diablo, una de las crías de gallinazo. De ese cruce salieron gallos colorados, con pintas negras y blancas, de cuellos largos y musculosos y de buena pisada. Esas crías heredaron el plumaje de la mamá y el cuerpo y la bravura del papa. Del Diablo y la española nació el Tominejo, el mejor gallo de pelea que ha tenido mi tío. Nunca perdió, ni siquiera empató, fue el único gallo que murió de viejo y no en una riña. Era un gallo de ojo cambiado, un ojo entre rojizo y anaranjado, como suelen ser, y el otro zarquito; con plumas coloradas, en su mayor parte, y negras; grueso, de patas largas y corto de rabo; de pico medio largo, de un amarillo opaco, al igual que sus patas, y muy bien parado. Al vergajo se lo miraba y parecía de raza, siempre con el cuello estirado, con el pico preparado y con las patas bien fijadas. A todo lo que veía le echaba espuelazos, ese gallo salió bien parado.

Al Tominejo lo levantaron a punta de panela, maduro pisado y maíz con cáscara de huevo molida y ripio de hueso. Como desde pollito era tan parado, tuvieron que hacerle su propia jaula y encerrarlo antes de tiempo. El Tominejo resultó siendo un gallo precoz y desde muy pollito ya andaba entrenando por los lados de la finca con mi tío. Al gallo sólo se le daban dos comidas al día, una en la mañana y otra en la tarde. Periódicamente se le daba vitaminas y se desparasitaba. Lo primero que se le hizo al pollito antes de comenzar el entrenamiento fue el 'descreste', se le quitó la cresta y la barba para que tuviera mejor visibilidad, y para que los otros gallos no tuvieran de dónde agarrarlo. Se le hizo en la tarde y en luna menguante, para que el gallo tuviera mejor cicatrización y no se desangrara. A lo que le siguió el 'peluqueo', el corte de las plumas de las patas y la cola para que tuviera más ligereza y se le endureciera la piel de las patas. A lo que sanó, comenzó el entrenamiento.

El Tominejo tenía una rutina de ejercicios especial con mi tío. En la mañana, después de comer, mi tío y Tominejo trotaban trocha arriba desde la finca. Al bajar comenzaban los ejercicios. ¡Que primero verticales y laterales! y el gallo caminaba de adelante hacia atrás y de lado a lado, seguido por mi tío. ¡Que luego las voladas! y mi tío aventaba al animalito hacia atrás, una y otra vez, y el gallo se resistía a caer y batía las alas con tal fuerza que parecía volar por unos instantes. Ese ejercicio fue el que le dio nombre al gallo. Como

sacaba pecho, batía las alas y estiraba el cuello cuando se lo aventaba hacia atrás, mi tío decidió ponerle como el pájaro más elegante y rápido a su parecer, el colibrí. ¡Que el ocho! y se veía al gallo dando vueltas alrededor de los pies de mi tío, a veces empujado, a veces motivado por el muñeco de trapo con apariencia de gallo. Por último, se ‘armaba’ al gallo, amarrándole un tipo de botas de trapo a lado y lado, donde irían las espuelas, y se lo enfrentaba con el muñeco para que entrenara la ‘picada’ y la ‘emparejada’ o ‘cortada’. En este ejercicio era en el que más se calentaba el gallo. Se lo veía mandar el pico, batir las alas y darle dos o tres espuelazos con tal fuerza al muñeco, que resultaba sacándole el periódico que lo rellenaba. Ese muñeco tenía tantos remiendos que ya ni la forma de gallo le daba. El entrenamiento terminaba cuando mi tío se sentaba en las escaleritas de la finca y el gallo se acomodaba al lado buscando calor. Al rato volvía a su jaula y ahí se quedaba hasta la próxima trotada.

Ese gallo mantenía caliente, le tiraba a todo lo que se le arrimara. Con ese animal no se tenía problema para enredar, cualquier gallina que le arrimaran la iba pisando. Ese gallo ‘mantenía con apetito’, contaba mi tío, y gallina que viera, gallina que le iba tirando y de una era que la iba pisando. Pero el animal también era caliente porque era bien parado. Como tenía una ‘picada’ tan brava y era bien ‘emparejador’, todos los de la finca evitaban darle hasta la comida. Una vez, cuenta mi tío, uno de los gallos se voló de la jaula cuando el Tominejo estaba asoleándose. No fue sino que el gallo se acercara para que el Tominejo con el pico lo agarrara del buche y le mandara las patas cinco, seis veces, ¡tan, tan, tan, tan! El gallo quedó tirado en el piso botando sangre por el pico y al rato murió. Mi tío no quiso meterle mano a la pelea porque al gallo no se lo puede coger caliente sin resultar chuzado, calientes no reconocen ni al dueño. Mi tío permaneció sentado en las escaleritas de la finca que dan a la carretera, mientras el gallo se relajaba. Al rato, cuenta mi tío, el Tominejo se le acercó con la cabeza inclinada, buscaba ‘mimos’, y mi tío sin más se puso al gallo en las piernas y comenzó a acariciarle el pecho y el cuello, todavía salpicado de sangre. Así se quedaron un buen rato, el gallo acurrucado en las piernas de mi tío recibiendo caricias, mientras mi tío pensaba qué hacer con el otro gallo que todavía estaba tirado en el piso echando sangre.

Desde muy pollito el gallo estaba preparado para el ruedo, pero tuvieron que esperar que subiera de peso y endureciera más la piel para meterlo en una gallera. La primera pelea fue en Rioblanco, Tolima, con un Shamo, un gallo de raza pesada y muy bien parado. En

el ruedo, los gallos no esperaron que los soltaran y ya estaban mandando picotazos y haciendo pequeños vuelos. A su encuentro en el centro del ruedo uno mandaba espuelazos y el otro respondía con saltos, el uno picotazos y el otro intentaba emparejarlo. En saltos, vuelos y picotazos se fue un buen tiempo de la pelea, luego el Tominejo aprovechó que el otro gallo estaba cansado y se le fue encima y de dos espuelazos en las piernas lo mandó al suelo; aún tirado le seguía dando espuelazos y picotazos. El gallo quedó malherido y tuerto, y el Tominejo salpicado de sangre y caliente porque el dueño sacó al gallo antes de que finiquitara su trabajo. Dice mi tío que el Tominejo fue un gallo emparejador, cada que picaba, cada que mandaba el pico y agarraba del buche al otro, mandaba las patas y no descansaba hasta que veía al otro casi muerto. Ese ánimo del gallo, su picada y calentura, motivaron a mi tío para recorrer otras galleras. Resultaron peleando en Chaparral, Ibagué, Cajamarca, el Valle y Risaralda. De gallera en gallera el Tominejo cogió fama como buen peleador y mi tío como buen gallero. De pelea en pelea el Tominejo terminó de levantarse y de endurecerse. Era tan parado el gallo y tanta su fama que la gente andaba tras él, de municipio en municipio se iban apostándole al gallo. En el pico y las espuelas, en el agarre y las voladas montaban su suerte, y pelea tras pelea seguía la racha del gallo.

Al Tominejo lo criaron como un animal celoso, parado y caliente, porque sólo así podía sobrevivir a una riña en el ruedo y a ese mundo tan alzado y temperamental como es el de las galleras. Pero al Tominejo también lo criaron como un animal meloso que busca el cariño y el calor de su gallero, porque seres tan calientes y en un mundo tan caliente no pueden sobrevivir sino en junta, en compañía². El Tominejo pudo ser ese gallo solo por las peleas que lo endurecieron y por la crianza de mi tío que le dio fuerza, bravura y fineza; pero también por las caricias que recibía tras cada entrenamiento y pelea. El gallo de ojo cambiado y de plumaje colorado fue un gallo caliente porque no podía ser de otra forma, fue violento y meloso porque sólo así podía sobrellevar la vida.

² “Ir en junta” y “en compañía” son dos conceptos prestados que desarrolló más adelante, uno de la antropóloga Ana María Rodríguez (2020) y el otro de la bióloga y filósofa Donna Haraway (2019).

La pelea

La gallera abrió las puertas al esconderse el sol. Los galleros y sus galladas ya estaban casando peleas y tanteando a los contrincantes. El trago recorría tantas manos como la plata. La música a todo taco recibía a los interesados desde abajo, desde las cantinas que le hacen gala a la gallera. El olor a mia'os, mierda y trago se sentía desde lejos, apenas opacado por las primeras bocanadas de humo de los fogones de carbón. Los cacareos de los gallos, las historias de peleas, de borracheras y de putas comenzaban a darle forma a la gallera. Mi tío llegó seguido por su gallada, mi abuelo y unos compadres con los que jornaleaban en las fincas de la vereda. Al Tominejo lo llevaban en una jaula que estaba tapada con un pedazo de ruana, no fuera que ojearan al animalito y lo enfermaran. Es que, en esa gallera, como en todo Irra, las miradas son calientes y pesadas, cargadas de envidia, le cargan el mal a quien miran. Esa ruana protegía al animalito, por lo menos hasta que se lo echara en el ruedo.

Sentado en una de las mesas y con el Tominejo a los pies, mi tío comenzó a echarle ojo a los gallos. Había unos todavía muy pollos, acompañados de galleros principiantes y temerosos. Otros tapados en sus jaulas, rodeados por su gallada, y a los que sólo se podía acercarse por chismes. Otros que sin temor se mostraban a todos, dándole vuelta a las mesas o sentados encima de alguna. Otros apenas cruzando la puerta, anunciados por el cacareo de los gallos que estaban a los lados de la entrada. Había gallos mestizos, de esos tienen un poco de todos; españoles, de esos colorados, de cara llena, pico arqueado, corto y fuerte, y de rabo largo; shamos, de esos de plumaje negro, de patas largas, cuerpo grueso y musculoso, de cuello largo y pico corto; ingleses, de esos que son gruesos pero chiquitos, de alas largas, rabo medio largo y de fuerte picada; malayos, animalitos de buen porte, de pescuezo curvo y largo, de pico y rabo corto, y de plumaje negruzco y ceñido; y algunos hasta enrazados en águila, según el chisme. Pero el que más le llamó la atención a mi tío fue un gallo blanco que estaba suelto en una de las bancas que rodean la cocina; se veía imponente, pecho firme, bien parado, cuello estirado y fuertes cacareos. Según le contaron, era un gallo español traído de la sabana, al que le dieron el alias 'La Bala', por la muerte rápida que le daba a quien se le cruzaba. Ese gallo tenía tantas peleas como el Tominejo, y como él, se había levantado de gallera en gallera, criado a punta de peleas. Por lo que se alcanzaba a ver, tenían el mismo peso, unas tres libras; y no iba a ser difícil carearlos, ese gallo también le tiraba a lo que se le atravesara. Motivado por la calentura

del gallo blanco, se fue mi tío a hablarle a su gallero con de a cerveza en cada mano. Como gallero respetado aceptó la cerveza y se pusieron a echar cuento de las peleas que habían tenido, de las galleras a las que habían ido, de la crianza de los gallos y de las borracheras a costa de sus victorias. Al rato los dos galleros se levantaron de la banca y chocando las botellas de cerveza, con el último trago, pactaron la pelea.

Pasaron al 'pesaje'. Primero se subió el blanco a la balanza, ¡tres libras cerradas!, anunció el juez. Luego el Tominejo, ¡tres libras y media!, dijo. Se acercó mi tío al otro gallero y entre susurros cuadraron el case. El case, esa plata que apuestan los galleros por la suerte de uno y la desgracia del otro, se tiene que cuadrar *pasitico*, cosa que solo escuche el que tiene que escuchar, no vaya ser que el envidioso dañe la suerte. El case, como los gallos, son propensos a la 'ojeada', a uno lo enferma y al otro le mancha la suerte. De ahí que mi tío y el gallero del blanco se alejaron del gentío y cuadraron pasitico el case. Mientras tanto, las galladas iban alentando a los apostadores con historias de pelea y de crianza. ¡Ese gallo está invicto! ¡Aquel sólo lleva un empate! ¡ese gallo es fino, enrazado en español! ¡Aquel gallo es bravo, enrazado en gallinazo! La mesa de apuestas comenzaba a llenarse y los gallos a calentarse. El Tominejo sabía que se venía la pelea cuando lo estaban 'armando', apenas le pegaban las espuelas comenzaba a aletear, dar picotazos y cacarear. En la mesa del lado estaba el blanco, que, haciéndole competencia, cacareaba con más fuerza y mandaba picadas a quien pasara. Mi abuelo se fue a la cocina y trajo todo lo que sus manos pudieran cargar. Chuzos, platos de fritanga y, por supuesto, una de aguardiente para animarse en la pelea. Armados los gallos y cargados por sus galleros, se fueron al ruedo. La gradería estaba llena. En la primera fila estaba la gallada de cada gallo, en el lado izquierdo la del blanco, y al derecho la del Tominejo. En la de más arriba estaban los apostadores, que con mano en los bolsillos esperaban a ver quién echaba el primer picotazo para cambiar la apuesta. El resto de las bancas se llenaban de otros galleros, que con intenciones de comprar crías o a los mismos gallos los miraban bien atentos; y de gente que iba a disfrutar las riñas, con trago y comida a los lados, moviéndose al son de los cacareos o de la música que llegaba desde la cocina. Los jueces recibieron a los gallos, primero les limpiaron las espuelas y los picos con limón, para cortar cualquier posible veneno que algún malicioso les hubiera puesto. Luego arrancaron con ellos hacia el centro del ruedo ¡shaaaasssss! ¡shaaaasssss! ¡shaaaasssss! un machete comenzó a cortar el aire. Ahí diagonal a la cocina, como por la mesa de apuestas. ¡Hacele pues! ¡No que muy guapo!, decía uno de los borrachos, mandando machetazos. El otro apenas desenfundaba

el machete. La gente no se hizo esperar, las galladas, galleros, apostadores y hasta los jueces con gallos en mano, rodearon a los dos borrachos. Cual ruedo, la gente les hizo un círculo casi perfecto. El primero se quitó la camisa y sin soltar el machete se la envolvió en la otra mano. ¡Hacele! ¡Hacele!, le gritaba, zapateando y mandando de forma intercalada machetazo y puñetazos. El otro borracho comenzó a calentarse. ¡Dele! ¡Dele!, gritó uno de los galleros. ¡Eso con dos machetazos sale corriendo! ¡Hacele pues que esto no es fiesta!, dijo otro, entre burlas. ¡Pero de cerquita que así no coge! ¡Eso, mándele! ¡Pero de cerquita!, gritó una de las cocineras. ¡Que bote sangre que así se anima!, le gritó la otra. Los dos borrachos entre machetazos se iban acercando y alejando. El uno, el de la camisa envuelta en la mano, intercalaba pies como intercalaba machetazos, tanto era lo que hacía que levantaba más polvo que los gallos. El otro era más de paso firme, un pie delante del otro, el derecho primero, para que el machete alcanzara más terreno. La calentura le quitó la prenda, y comenzó a dar machetazos firmes y certeros. El de la camisa envuelta se le acercó de más y en esas idas y vueltas el otro le mandó uno a la pierna. De una le hizo parar el baila'o, y lo mandó lejos del centro. Los ánimos subieron con la sangre manchando el piso. Unos y otros gritaban, cada borracho parecía tener su gallada. ¡Otro machetazo a la pierna! ¡Mándeles otro al pecho y así lo acuesta! ¡Pero acérquese! ¡Hágale sin miedo! ¡Mándeles, mándeles! gritaban. Y se le iba sumando las risas maliciosas, los chismes de riñas, la música de cantina, el humo de los fogones, el olor a mierda, mia'os, fritanga y caldo. ¡Shaaaasssssss! ¡shaaaasssssss! y los machetazos cortaban el aire, ¡shaaaasssssss! ¡shaaaasssssss!, y a la gente le iba subiendo el calor, ¡shaaaasssssss! ¡shaaaasssssss!, y se iban desesperando porque el machete no quería tocar carne ni hacer botar sangre. De ese ruedo hecho de montonera escurría sudor y calor, además de chispas de cerveza, comida y trago. La rabia y el trago ya tenía colorados a esos dos borrachos, uno más que otro por la sangre que le pintaba la pierna. El que comenzó más tranquilo ya le gritaba al otro, ¡no que muy guapo! ¡parate duro puesss! El bailarín hizo esfuerzo y se paró duro, y comenzó otra vez a intercalar los pies, pero ya de manera más torpe. El otro borracho aprovechó y se le acercó, ¡shaaaassssnnnnnnnn! le mandó un machetazo en el pecho. El otro no alcanzó ni a quejarse y cayó de una acostado en el suelo, pero con el machete bien agarrado. Intentó varias veces pararse, pero se desplomaba una y otra vez. El otro borracho seguía bien parado, con el pie derecho adelante y el machete arriba. Si se levantaba de un planazo volvía y lo acostaba. Al ver que finalmente dejó de moverse bajó el machete y entre risas se fue diciendo: ¡tan gallito fino y terminó en el suelo! La gente comenzó a buscar comida, otros trago, uno que otro

baño y la mayoría en busca de riña de otros gallos. Solo quedó el cuerpo como evidencia, botando sangre del pecho y la pierna, todavía con la camisa envuelta y con el machete al lado. Como buen guapo, murió con machete en mano. El otro borracho terminó en la cocina, limpió la sangre del machete en el pantalón y echó una ojeada a sus alrededores antes de enfundarlo, no fuera que otro guapo se le tirara por la espalda. Pidió comida y trago y ahí se quedó un buen rato, dándole la espalda al cuerpo ensangrentado del otro borracho. “Dicen que a un hombre borracho...”, se escuchó salir de la radiola de la cocina, a lo que le siguió el coro atropellado, enrevesado, alegre y a todo pulmón de los borrachos que andaban comiendo, de los que estaban por los lados de la entrada miando, y de las galladas, galleros y jueces que iban hacia el ruedo, “...poco le importa la vida. Voy a tomar aguardiente hasta curarme esta herida”.

Los jueces se acercaron al centro del ruedo. Los gallos seguían calientes. Primero los carearon. El blanco le tiró al Tominejo y alcanzó a sacarle unas cuantas plumas del cuello, luego le tiró el Tominejo y le arrancó unas del pecho. Los jueces se inclinaron, y sujetándolos por los muslos, y sin aviso, los tiraron hacia arriba, pero no tan fuerte ni tan alto. Los gallos, sin caer todavía al suelo, estiraron sus cuellos y apuntaron sus picos al oponente. Cayeron bien parados, firmes, sin zarandearse. En ese primer momento las voces y los cacareos se silenciaron, parecía que hasta la música bajó de tono. Por unos instantes nadie se movió, a excepción de los gallos. El Tominejo parecía un toro, eso apenas lo soltaron se iba hacia el otro como si el pico fueran los cachos. El blanco aleteó y de un salto esquivó el picotazo que le tenía destinado. Se alzó la música, se movieron los apostadores buscando mejor vista, se veían ojos atentos, barrigas embuchadas y bocas rellenas. ¡Peleeeee blanco! ¡uuuuusshh usssshhhh! ¡pssssh! ¡pssssh! ¡pssssh! ¡Hágaleee! A veces hasta los jueces olvidaban su posición y comenzaban a sisear al gallo de su lado. Solo se veían a los gallos intentando agarrarse por las alas para poder pegar los espuelazos. Plumas volaban y el polvo del ruedo se alzaba con cada salto o aleteo. A veces eran tan altos los gritos y tan fuertes los zapateos de los galleros y apostadores, que alzaban el polvo del ruedo más que los mismos gallos. Los de la primera fila ya estaban comenzando a sentir el furor de los gallos. El sofoco les subía desde los pies, con el zapateo, hasta las caras, coloradas como el tominejo, de tantos gritos y quejidos. Por un momento sólo se veía aleteos y espuelazos de gallo a gallo. ¡Mánde al ojo! ¡Píquelo! ¡Píquelo! ¡Agárrelo! ¡Hágale pollo, al cuello, al cuello! Y los gallos cacareaban y no paraban de empujarse con las alas, de echarse

picotazos y de mandarse espuelazos, esos gallos no paraban de tirarse. Con las plumas del cuello levantadas, los picos bien alzados y las patas bien fijadas, se detuvieron un momento sin bajar guardia. Los cuerpos les temblaban, de rabia y calentura, o de calentura que finalmente es rabia. Y volvieron a tirarse. El blanco de un salto pasó sobre el Tominejo y le dio un espuelazo por detrás. Cayeron las primeras gotas de sangre en ese ruedo. El Tominejo, aunque herido, no perdió la postura, y con ese pico que parecía cacho le tiró picadas sin descanso. Al blanco sólo se lo veía saltar y pegar voladas para esquivarlo. ¡Mátelooo! ¡Mátelooo! ¡Pero hacele pues colorado! ¡Deja de esquivar y tirele! gritaban caras rojas e hinchadas desde las gradas. El Tominejo alzó vuelo y a la par del blanco, intentaba agarrarlo del pescuezo. Vueltas y vueltas daban los gallos, unas terminaban en el suelo con intentos de espuelazos y otras en el aire con picotazos. ¡Ayyyy! ¡Ayyyy!, se escuchó, y fue que el Tominejo con ese pico que parecen cachos agarró al blanco. Se alzó de un aleteo y le mandó espuelazos a la cabeza y al cuerpo, a lado y lado. El blanco lanzó un chillido y quedó tirado en el suelo, boca arriba, aleteando, como intentando volver a pararse. El colorado cayó bien parado, no se tambaleó, y se fue encima del otro con el pico bien fijado. Le arrancó plumas para despejar la picada y le mandó espuelazos sin descanso. El gallo blanco había dejado de moverse con el primer picotazo en el suelo, pero el Tominejo no le daba tregua. Los jueces lo apartaron. El gallo se giró, dándole la espalda al blanco y de frente a la gente que le lanzaba gritos y halagos, además de tragos de cerveza o aguardiente que se salían de las botellas o copas por la euforia de quienes le habían apostado. Y tras el alarido prepotente que lanzó, se alzó una nueva ola de quejidos y regocijos. El gallero del blanco fue a recoger a su gallo moribundo y mi tío al Tominejo mostrándolo, cual premio, a todos los presentes. Los ánimos y el bullicio se alzaban por donde mi tío mostraba al Tominejo. Envueltos en sudor, aguardiente y cerveza, con el pisquero del cigarrillo y con restos de comida hasta en el pelo, galleros y gallos dejaron atrás el ruedo y se fueron a reclamar sus premios o pagar sus deudas a la mesa de apuestas.

Mi tío y su gallo salieron tapados, el uno de plata y el otro con ruana. Al son de Rómulo Caicedo y los Visconti bajaron a las calles de Irra y de cantina en cantina fue contando la riña. Entre risas maliciosas contaba que el Tominejo estaba ciego. Primero quedó tuerto el animalito, de un picotazo le sacaron un ojo por allá en Sevilla. Luego de un espuelazo le bajaron el otro en Ibagué. Y ciego lo echó al ruedo con el mejor de los gallos. Y a sabiendas de que estaba ciego, ganó. Ganó esa última pelea. Bien parado y bravo era el animalito.

Contó la riña en cada cantina, 'El Gallo Ciego y La Bala', lo titulaba. Solo interrumpido por pedazos de comida, tragos de aguardiente, caricias de una que otra puta y cacareos del Tominejo. Entre apuestas, botellas, putas y comida se le iba yendo lo ganado. A la gallada le dio lo suyo, trago y putas. Y al conocido lo iba montando de cerveza o comida. Cuando se vio en las duras, porque apenas le quedaban unos pesos, cogió trocha arriba para la finca. Resultó llegando aporreado por las caídas y bailes que le hicieron pegar los baches de la subida, y más pelao de lo que se había ido, sin plata, sin ruana, y muy pronto sin gallo.

A lo que llegó a la finca se sentó en las escaleritas en las que solía descansar después de entrenar al gallo. Al lado puso la jaula, vio al pobre animalito ciego, herido y mandando picotazos al aire. Se levantó como pudo y se fue para el lavadero. Cogió dos cocas de agua y las llenó, una se la echó en la cara con ánimos de despertar de la rasca y la otra se la llevó al gallo. El gallo tenía las plumas de la cola coloradas y tostadas de la sangre que echó después del espuelazo del blanco. Parte de la jaula estaba teñida de un rojo ennegrecido. Mi tío puso la coca al lado, volvió a sentarse en las escaleritas y sacó al gallo. Se lo puso en las piernas y dejó que el animalito se asoliera por un buen rato, mientras le acariciaba el cuello y el pecho. "Muy buen peleador, mi pollo...muy bueno", le decía, mientras lo seguía acariciando con una mano y le daba agua con la otra. El gallo ya tenía sus años encima, antes mucho había durado, y ciego poco iba a sobrevivir en un mundo tan caliente. Mi tío, con la prenda todavía encima, con la cara escurriendo agua y salpicado de sangre, subió una mano al cuello del gallo, lo acarició unas cuantas veces, la puso luego en la parte baja de cabeza y con el brazo le rodeó el pecho. Esperó un momento antes de hacerlo, le dio un pico al gallo en la cabeza y luego le jaló el pescuezo. El gallo se retorció e intentaba mover las patas y las alas, pero mi tío lo tenía bien agarrado. Cacareó una dos veces y luego dejó de moverse. Lo acarició por última vez y luego se paró, cogiendo al gallo del pescuezo y lo puso en una de las mesas del balcón. Se fue en pura por un cuchillo y peló al gallo, había que ver cuántas y qué heridas tenía. Con sorpresa le encontró cuatro o cinco espuelas metidas por entre las plumas, eso un animal con tantas peleas se le van reventando y le quedan atascadas. El animalito tenía heridas por todo el cuerpo, en cabeza, cuello, dorso y patas. Cogió uno de los costales en los que empacaban el maíz, primero envolvió al Tominejo en una cobija y luego lo echó al costal, junto con las botainas, el muñeco de trapo y las espuelas de hueso que usaba en las peleas y entrenamientos. Se puso las botas de caucho, cogió una pala y se echó el costal al hombro. Trocha arriba

se fue desde la finca, ahí por los mismos lados por los que solía subir trotando con el gallo. Y ahí por los lados del cerro, donde terminan los cultivos y empieza la piedra, abrió un hueco en la tierra. Echó al animalito, lo enterró y antes de irse se echó la bendición.

Cierre

Aquí el tiempo se muestra como temperamento, como un ánimo caliente que es generado por cosas calientes y está generando lo caliente a la vez. Lo que hace de Irra caliente no es solo su altura sobre el nivel del mar, su cielo carente de nubes y su sol libre que echa candela y lo prende a uno. Lo que hace de Irra una cosa caliente son las gentes bravas y paradas que pesan y le dan forma. Son también sus cantinas, estanquillos y burdeles, que hacen reventar las radiolas con Los Relicarios o Los Visconti a todo taco; el olor a cerveza, trago, el pisquero de cigarrillo, además del olor a mierda y mia'os que nunca falta. Son sus gallos, esos animalitos de crianza caliente y melosa que resultaron ser finos, guapos y bien parados. Son sus galleras, que prenden a todo el que llega, calientan a los guapos, rellenan a los hambrientos y aprovechan a los moribundos. Son las ventiscas que bajan de los cerros, arrastran el olor a tierra húmeda del Cauca y hacen remolinos en plena carretera alzando el polvo y llevando el olor a fritanga y a pan recién hecho. Son los pregoneros de chances y chucherías que gritan desde las sombras para que el sol no los termine de escurrir. Son los chillidos y aullidos de perros y niños por el sofoco. Son los mineros que salen llenos de tierra de los socavones. Son los jornaleros que trabajan en fincas ajenas y se gasta el día en putas, comida, apuestas y trago. Son las putas oriundas y foráneas que alegran las calles. Son las chispas de los machetes rastrillados por el suelo que alumbran las noches. Son los muertos que el río Cauca recibió. Es la sangre que manchó plumas, picos y espuelas, pero también machetes y ropa. Son los gritos que calientan las peleas y los cuentos de riñas que dan fama a los guapos. Irra tiene un temperamento o un ánimo caliente que está siendo generado por el enredo constante de cosas calientes, que a la vez son las que generan lo caliente.

Irra, como el Tominejo, es producto del enredo de cosas calientes y lo caliente a la vez. Es producto de cruces y fricciones. De vidas y muertes. De ojeadas y tapadas. De plata y cerveza. De gallos finos y mestizos, de bravos y corredores. De gentes alzadas y calientes, pero también tiernas y melosas. Irra es un enredo de gentes, humos, olores, chillidos, sustancias y materiales. Las gentes que finalmente son Irra, al igual que el Tominejo, son

un enredo de cosas calientes en un mundo caliente que se anda haciendo en junta y de forma constante. Tal vez seamos producto de calenturas, de enredos calientes y melosos, en mundos calientes que no pueden ser de otra forma.

Tal vez no seamos cosas tan distintas ni tan aisladas. Que mi tío y su gallo se hicieran en junta, que se afectaran y se levantaran en compañía, que los hicieran las mismas cosas, una tierra caliente, una gente alzada y guapa, una comida dulce e insípida, unos enredos melosos y otros violentos, una crianza pesada pero tierna, unas pullas y cacareos que prenden, no es simple azar o simple coincidencia. Tal vez solo seamos enredos, tal vez solo podamos ser de esa forma. Pero ¿qué implica que seamos ‘enredos’? Se dice que un enredo es una “complicación y maraña que resulta de trabarse entre sí desordenadamente los hilos u otras cosas flexibles” (Real Academia Española, s.f., definición 1). Lo ‘flexible’, dicen, son cosas “que tiene[n] disposición para doblarse fácilmente” (Real Academia Española, s.f., definición 1). Un enredo, en términos más simples, sería la mezcla, la unión, de cosas diferentes, pero en cierta medida iguales, que pueden ir en junta. Eso que la RAE llama ‘cosas flexibles’, me atrevería a decir que simplemente son cosas que se reconocen unas a otras, de allí que haya cierta ‘disposición’, para enredarse en este caso. En las peleas de gallos, galleros y jueces saben que, si los animalitos no se tiran, es porque no se reconocen, y si no lo hacen es imposible que haya riña. O como bien lo dicen Chaustre y González (2019) en su trabajo sobre la noción de persona en Tununguá, Boyacá: “se sabe que si al momento del careo un gallo no reacciona frente al otro es porque lo extrañó y va a salir corrido, como si no hallara rencor para dañarlo” (p.339). De ahí la necesidad de ‘carearlos’, de ponerlos cara a cara, para ver si se reconocen como iguales y se tiran en el ruedo. Ese careo, que termina siendo un coqueteo violento y malicioso, implica que los gallos se tienen ‘vistos’, que se ‘reconocen’ o se ‘distinguen’, de ahí que puedan poner la cara y enfrentarse. Los gallos que no se conocen, que se extrañan, no tienden a tirarse, no tienen esa ‘disposición’ para enredarse, y salen ‘corridos’, “corre[n] hasta el límite del ruedo y da[n] la espalda” (p. 336). Como si la presencia del otro gallo ni siquiera valiera la atención. Una pelea, como la de La Bala y el Gallo Ciego, no hubiera sido posible si esos gallos no se hubieran reconocido. Eso también se sabe en los cruces para sacar gallos finos. Los criadores saben que la gallina tiene que reconocer al gallo y éste a la gallina para que la una pueda agacharse y el otro subirse en su dorso, si la gallina no se agacha en señal de gusto es imposible que salgan crías. Un gallo, como el Tominejo, resultó siendo un enredo entre cosas diferentes, como la gallina

española y el gallinazo de cabeza negra, que se reconocen y pueden ir en junta. Si esa gallina española no hubiera reconocido en cierta medida como un igual al Diablo, el Tominejo no hubiera sido posible. Lo que se extraña no puede ir en junta, no puede enredarse. Solo pueden enredarse aquellas cosas que tienen disposición, que son propensas a cruces porque reconocen a los otros como iguales.

¿Qué implica entonces que seamos 'enredos'? Inicialmente, implicaría que somos lo mismo, somos bichos resultado de cosas que se juntaron, cosas que tuvieron y tienen cierta tendencia a cruzarse. Pero también implicaría que somos cosas que solo pueden y deben ser en compañía, cosas que solo pueden sobrellevar la vida si están 'en junta'. Mi tío me recordaba que a los gallos se los tiene que acompañar en toda la crianza, si no se los acompaña seguramente no salen tan buenos peleadores. "Se les tiene que atender. Darles la comidita a la hora que es, sacarlos a que tomen el sol, ponerlos a hacer ejercicio, consentirlos echándoles panela, plátano maduro, ripio de hueso y buena comidita. Así es que van durando", dice él. La crianza de los gallos es lo que los hace buenos peleadores. En el pelaje, en las patas, en los picos y en la firmeza es que se ve la crianza que tuvieron los gallos y eso mismo es lo que hace a los criadores buenos galleros. No hay forma de que los gallos se hagan sin sus galleros ni de que éstos se hagan sin sus gallos. Mi tío y Tominejo se hicieron de forma conjunta, en compañía, como diría Haraway. En esa crianza conjunta fue que cogieron temperamento y duraron el Tominejo se hizo bravo y caliente al igual que mi tío, tan bravo que hasta ciego peleaba y mi tío tan caliente que siempre montaba pelea. Pero a ellos también los hizo su gallada. Si la gallada del Tominejo no hubiera encontrado cierta afinidad con él y con mi tío, si no los hubieran reconocido como iguales, ni el gallo ni el gallero hubieran tenido la fama que tuvieron ni se hubieran criado de la misma forma, así, como animales calientes, guapos y parados, pero melosos. Es con la gallada que el Tominejo se crió, eso andaban tras él de un lado para el otro. Antes de las peleas lo entrenaban y lo 'armaban', y eran quienes corrían las voces del 'gallo enrazado en gallinazo', del 'gallo invicto'. Eran ellos quienes finalmente le daban el ánimo al gallo, siseándolo y gritándole en medio de la riña, tapándolo de plata con las apuestas que lograban conseguirle, y curándole las heridas o acariciándolo después de salir victorioso y sin daños. Y fueron ellos quienes también criaron a mi tío, lo acompañaron desde principiante a Sevilla, le cuidaban o animaban las borracheras, le dieron de comer cuando estaba pelado y lo consolaron cuando fue necesario. La gallada les enseñó a ellos y nos muestra a nosotros cómo en un mundo tan caliente y tan parado, solo es posible vivir

si se está acompañado, si se tiene amigos que lo arrastren en las borracheras, que le den de comer cuando no se tiene, que se paren duro por uno cuando alguien le monta riña, que se rían y lloren por las bobadas con que las que aquel sale o por las desgracias que lo acompañan.

A la antropóloga Ana María Rodríguez (2020) le enseñaron esto mismo sus maestros en San Bernardo, Cundinamarca. Ella se fue a aprender a trabajar. Recogiendo moras, arriando ganado, echando 'chiquero' y totiándose de risa resultó aprendiendo a vivir, a vivir en junta. A ella le tocó aprender a trabajar, a caminar, a comer y a reír, para poder llevar la vida. Pero más que nada, le tocó darse cuenta que la única forma en la que podía llevar esa vida era acompañada. En los tajos de moras, en las subidas por esos caminos de piedra, en los barriales que tragan y en la neblina que jarta, tras caídas, totiadas, maltratos y miedos, pudo darse cuenta que la única forma en la que podía resolver era aceptando que no estaba sola en el mundo y que esas gentes, bichos y cosas eran las que la estaban criando y le estaban enseñando la forma en la que debía vivir. Cargada de jotos³, de risas y con sus maestros aprendió que es la vida misma la que obliga a juntarse, porque para llevar la vida, reproducirla, no puede ser de otra forma sino en 'junta'. 'Ir en junta', concepto que aprendió Ana María de sus maestros, implica entender un principio fundamental de la vida, y es que somos cosas que solo pueden y deben ser en compañía.

Esto también fue algo que aprendió Donna Haraway a lo largo de su trayectoria como bióloga y filósofa, pero también por la crianza que tuvo con otros animales, bichos y gentes en diferentes ámbitos de su vida. Haraway guio todo su trabajo hacia la comprensión de los bichos que habitan y son el mundo, y las formas en las que estos podrían llegar a compartir su vida siendo más responsables entre ellos. Por su compañera perruna Cayenne aprendió, o más bien, se dio cuenta, cómo es la vida estando acompañada por otra especie y cómo terminan entrelazándose, incluso a nivel genético. En uno de sus trabajos (2017) cuenta cómo la compañía perruna ha ayudado a los humanos a lo largo de su crianza, a lo largo de su evolución, y cómo estos a su vez fueron criados por la compañía

³ Los jotos son todas esas cosas que ayudan a 'resolver', eso que algunos llamarían 'herramientas', pero que en realidad son compañeros que prestan mano para que uno pueda desenvolverse mejor en el mundo. Los jotos, como dice Ana María (2020), "son las cosas que acompañan la vida de los campesinos (...) son [esas cosas que terminan siendo] indispensables para caminar y llevar un ritmo" (p.89).

de los humanos. A través de esos relatos y de su historia con Cayenne va llegando a la conclusión de que es por medio de sus contactos y enredos que “los seres se constituyen unos a otros y a sí mismos” y enfatiza en que “los seres no preexisten a sus relaciones” (p. 6), los seres son el producto, o más bien, el resultado de enredos y cosas que terminaron juntándose para poder sobrellevar la vida.

En un trabajo posterior, Haraway (2019) cuenta y da cuenta de otras ‘especies de compañía’ que hacen mucho más evidente, a nivel biológico, la necesidad de enredarse, de devenir-con otros bichos para poder volverse capaces-de-vivir, de llevar la vida. Esos aprendizajes la llevaron a crear el concepto de ‘especies compañeras’, que no es más que la reiteración de vidas que deben ser vividas de la mano, en compañía, para poder seguirse reproduciendo. Ella aprendió que desde tiempos remotos los bichos se han entrelazado para poder sobrevivir. Y como buena darwiniana, se ha puesto en la tarea de mostrar a través de relatos de ‘especies compañeras’ cómo la vida sólo puede ser si se está enredando continuamente con otras vidas. Dice ella que los seres no “preceden a sus relacionalidades”, no son anteriores a sus enredos y roces, no pueden serlo. Porque no somos ‘seres autofabricados’ ni cosas cerradas en sí mismas, somos cosas que se han levantado o criado en ires y venires con otras cosas, bichos, materiales y sustancias. Somos marañas que solo pueden ser si están en junta. Somos cosas propensas a enredarse, a ir juntas, cosas hechas por fricciones y cruces. Por eso Irra y sus gentes, o esas gentes que son Irra, no son más que un enredo, un enredo de cosas calientes en un mundo caliente que no podía ser de otra forma.

Consideraciones finales

El tiempo es un enredo y como tal está emergiendo de forma continua. Tiene temperamento y es temperamental, o resabiado como le dicen en Quinchía. Que el tiempo sea resabiado y que emerja de forma continua, conlleva a una consideración del tiempo totalmente diferente a la que se venía tratando en las monografías etnográficas. El tiempo no es algo estático, externo al ser humano y mucho menos un telón de fondo en el que los seres se mueven, como lo mostraron antropólogas y antropólogos. El tiempo está siendo continuamente, emerge debido a los lazos que va tejiendo, en este caso con campesinos, bichos y sustancias. Y por ello se dice que tiene temperamento y es temperamental, lo que se muestra en sus vacilaciones constantes, que los campesinos llaman 'resabios'. Así, ante la consideración del tiempo como algo ajeno al humano y al mundo, se propone ver el tiempo como un enredo, como algo que va emergiendo, y que afecta a los seres y cosas con las que se va ligando.

Este argumento aparece desarrollado a lo largo de tres capítulos. Lo primero que surge es que el tiempo es 'resabiado', tiene un genio vivo que se muestra en los cambios bruscos que suscita a lo largo de un día o a lo largo del año. Decir que el tiempo es resabiado es otra forma de decir que es temperamental, que cambia con frecuencia de humor o de estado de ánimo. A veces propicia el quehacer campesino mandando las lluvias necesarias que remojan y les dan vida a los cultivos, o dando de esos 'fríos queridos' que dejan que uno le trabaje bien a la tierra. A veces pone trabas, como cuando da días claríticos y bochornosos en medio de la molienda, cuando manda lluvias 'espantabobos' en los días de mercado que 'espantan' a los compradores, cuando se atrasa con las aguas haciendo de la tierra algo tan duro y seco, que no hay quién le meta mano, o cuando se bota de más con las tempestades y hace de los cultivos un pantanero del que solo sale maleza. A esos cambios diarios y anuales del tiempo se les llaman 'resabios', porque no hay una palabra más justa que muestre sus vacilaciones constantes.

En el segundo capítulo se muestra al tiempo haciéndose en compañía de otras gentes. Ante los resabios del tiempo, los campesinos se resabían y con ciertas mañas lo hacen cambiar a estados más ‘queridos’ para el trabajo y para la vida. Ante los atrasos y las tempestades, bregando con bichos, humos, olores, chillidos y rezos, los campesinos ‘le metieron mano’ al tiempo. Lo que se muestra allí es al tiempo emergiendo de forma continua debido a los enredos a los que se ve expuesto por esas mañas campesinas. Entonces sapos, grillos, chicharras, quemas, humos, sales, ramos, cruces y rezos se van enredando con el tiempo para hacerlo emerger de una nueva forma, una forma más ‘querida’ para el trabajo y la vida campesina.

En el tercer y último capítulo el tiempo se cuenta de otra forma. Ya no por medio de los resabios o las mañas, sino por medio de la atmósfera que generan los enredos entre las gentes de una tierra caliente. El tiempo se cuenta como temperamento, ya no entendido como las maneras de ser del tiempo sino como un estado de ánimo que es generado y está generando ciertas disposiciones, ciertos cruces o enredos entre gentes. En este capítulo se cuenta cómo se hace lo caliente, cómo gentes calientes se van criando en un mundo caliente que les obliga a enredarse para poder llevar la vida. Allí aparece Tominejo, un gallo mestizo, y mi tío Lisandro, su gallero y cuidador. Es en su crianza conjunta que se va mostrando cómo se hicieron gentes calientes, guapas y paradas, pero también cómo se fue criando con ellos una tierra caliente y alzada. Pues las esquinas se vuelven lugares pesados, las galleras lugares que calientan, las cantinas lugares que prenden y los burdeles lugares que melcochan. Unos y otros, se van enredando, por necesidad más que por elección, y así van haciendo de Irra y sus gentes cosas calientes. Y aunque el objetivo evidente es mostrar cómo se hace lo caliente, se termina enfatizando en el argumento central de este trabajo, en la necesidad de los enredos para seguir reproduciendo la vida, en este caso lo caliente. Ni el gallo, ni mi tío, ni Irra, ni sus gentes, pueden ser de forma aislada, se necesitan para llevar la vida, se necesitan para seguirla y reproducirla.

Las gentes y las cosas son el resultado de juntas. Y como tales, no son entidades cerradas ni mucho menos estáticas, al contrario, son cosas que se están haciendo y están siendo de forma continua. El mundo, como el tiempo, y el tiempo, como las gentes, son enredos de cosas, bichos, sustancias y materiales que solo pueden y deben ser en compañía. Eso fue lo que aprendí con la familia Aricapa en Quinchía, viviendo con gallos, trabajando con

yeguas, pidiendo agua con sapos y corriendo con el tiempo. Esto es lo que se muestra en este trabajo, juntas, cruces y enredos que hacen -y son- tiempo.

Más allá del carácter social del tiempo

El tiempo es un enredo, ese es el argumento de este trabajo, es una cosa que está emergiendo continuamente por los lazos que va tejiendo con las cosas con las que comparte el mundo, y sólo puede ser de esa forma. Ello le ha dado el atributo de ser temperamental y por ello ser resabiado. Este argumento importa en tanto abre una nueva forma de entender el tiempo, ya no desde una visión relativista y antropocéntrica que lo relega a 'una cualidad procesual del mundo material' o a una simple 'construcción social', sino que lo entiende como algo vivo que surge por el enredo con otras gentes, que afecta y se ve afectado por esos enredos. Con este argumento se propone una nueva línea en la antropología del tiempo, que más allá de su carácter social, invita a concebirlo por medio de esos hilos -o líneas, como diría Ingold (2018)- que le dan forma, por medio de los ligues necesarios que va tejiendo para seguir siendo y seguirse haciendo.

Para ello es necesario fijarse, como se ha venido mostrando, en esas cosas que se reconocen unas a otras como iguales, pues son estas quienes son propensas a cruzarse. Como en el careo de los gallos, es necesario que los animalitos se reconozcan para que haya buena pelea, si se extrañan no pueden enredarse. Extrañar implica en este caso, y en el contexto de las galleras, la imposibilidad de ver al otro como un igual. Extrañar es rehusarse a distinguir al otro, negarse a su persona y su presencia. Por ello, lo que se extraña no puede enredarse, porque resultan siendo hilos que se repelen, que huyen de la posibilidad de afectarse por el otro. Así, lo primero que recomiendo a quienes quieran unirse a esta forma de entender el tiempo, es aceptar esa 'disposición' que tenemos como 'cosas flexibles' para enredarnos y dejarnos afectar por esos otros bichos y cosas. Reconocernos como parte del tiempo, lo que implica mantener esa predisposición para volvernos otros, para cruzarnos y enredarnos. Lo que lleva también a la necesidad de estar dispuestos a padecer y sufrir los resabios, pero también a adquirir esas mañas que nos trae la vida en junta y que nos vuelve capaces de sobrellevarla.

Son estas consideraciones las que cambiaron la forma, mi forma, de proceder, de enredarse en el campo con las gentes y las cosas que nos comparten sus vidas y sus conocimientos. Si nos reconocemos con esas cosas y gentes con las que trabajamos en junta, tiene que cambiar totalmente la disposición y consideración objetivista del 'antropólogo' como ser capaz de entender 'significados ocultos' en actividades cotidianas de 'gentes totalmente diferentes a él'. No vamos a campo con la pretensión de elaborar conocimientos de 'datos brutos' que se 'extraen' de esos 'otros mundos exóticos'. Como gentes que se reconocen, como gentes que son resultado de enredos de muchas otras cosas, como junturas y cruces, nosotros vamos a criarnos en otros lados con otras gentes y cosas, con la única pretensión de mostrar al mundo siendo, de mostrar su continua emergencia, y los enredos que este suscita para reproducir la vida. Allí no hay espacio para informantes y antropólogos, hay gentes que se están enredando y se están criando por esos enredos. Y como para ser enredos es necesario que las gentes se reconozcan como iguales, esta línea solo es para gentes que se ven a sí mismas como cruces, como el Tominejo, más que como un gallo de raza. Esta es una forma más sensible y honesta de ir a campo, sin pretensiones ni certezas, más bien con 'disposición' para enredarse y criarse de forma conjunta con esas cosas y gentes que están dispuestas a enseñarnos.

El tiempo solo puede entenderse de esa forma, en su continua emergencia y sus continuos enredos, de otra manera se lo estaría encerrando y limitando a una entidad estática, autofabricada y carente de vida, que poca importancia tiene para el mundo y sus gentes. Lo que hay debajo de este argumento es una disputa ontológica por el papel de 'lo humano' en el mundo. Lejos de ver el mundo como una superficie carente de sentido a la espera de significación humana, lejos de la visión constructivista de la 'realidad', esto conlleva a una consideración de un mundo que está vivo, que está emergiendo continuamente de los enredos con esas cosas y bichos con los que se junta, entre ellas los humanos.

El mundo, el tiempo y las gentes resultan siendo enredos necesarios para sobrellevar la vida, porque además solo pueden y deben ser de esa forma, enredos necesarios que se van criando en junta, en compañía. Esta sería otra de las implicaciones para una nueva antropología del tiempo, aceptar que, en tanto enredo, el tiempo, sólo puede hacerse si está acompañado de esas otras cosas con las que comparte el mundo. No hay un tiempo ajeno a las cosas del mundo, no hay un tiempo como telón de fondo. Hay un tiempo haciéndose y siendo con las cosas que hacen y son el mundo. Pero, como se contó en el

segundo capítulo, esas cosas no son el resultado de cruces azarosos, más bien, son el resultado de cruces necesarios para que la vida surja y para poder sobrellevarla. De tanto bregarle, los campesinos fueron reconociendo con qué sustancias, olores y sonidos, el tiempo se enreda de mejor forma y emerge de maneras más 'queridas' para la vida. Se sabe que el tiempo se amaña con olores agradables, y que trae buenas lluvias si se le sabe pedir con quemas, ramos y santos. Se sabe también que se espanta con los chillidos de los niños y los olores fétidos.

El tiempo resulta siendo un enredo necesario de cosas que son propensas a cruzarse, y no puede ser de otra forma. No podrían haber días enubados sin nubes cargadas, sin el viento necesario para moverlas hasta tapar el cielo y sin la posterior ausencia del viento para que ellas se queden atascadas. No podrían haber días claríticos y bochornosos sin fuertes ventarrones que limpien el cielo y lo dejen despejado. Los campesinos no podrían llamar el agua si el tiempo no se enredara bien con el olor que echa el olivo, el eucalipto, el laurel y la salvia. Tampoco podrían cortar el agua sin saber que el tiempo extraña -o desconoce- el olor que echan los huesos de pescado, los fetos de burro y el estiércol en las quemas. Para que el tiempo sea tiempo tiene que ir en junta de bichos, aires, aguas, olores, sonidos y humos. Pero esas junturas tienen como condición el reconocimiento, de otra forma, como se ha venido diciendo, no podrían enredarse.

El tiempo, las gentes y el mundo son enredos, son el resultado de cosas que se reconocen y que tienen ciertas disposiciones a cruzarse. Esta es la propuesta que se nos presenta para una nueva consideración del tiempo y de la antropología del tiempo. Desde las enseñanzas de la familia Aricapa en Quinchía, de Ingold (2018), Haraway (2019) y Rodríguez (2020), se nos ofrece una forma de ver el mundo, el tiempo y sus gentes, más certera con la emergencia continua de la vida, con las junturas y enredos que se tejen para sobrellevarla, y con ese reconocimiento mutuo que implica 'correspondencia'. Reconozcámonos en y con el tiempo, reconozcámonos como junturas y enredos, como bichos que solo pueden ser capaces de sobrellevar la vida si están en junta, si están en compañía. Esa es mi propuesta, reconocernos para poder enredarnos.

Bibliografía

Bourdieu, P. (1999 [1997]). *Meditaciones pascalianas*. Traducido por Tomás Kauf. Taurus.

Bourdieu, P. (2007 [1991]). *Sentido práctico*. Traducido por Ariel Dilon. Siglo XXI Editores Argentina S.A.

Carbonell, E. (2004). *Debates acerca de la antropología del tiempo*. Publicacions de la Universitat de Barcelona.

Chaustre, L y González, E (2019). La gente de antest tiempo: persona, pinta y montaña en Tununguá, Boyacá. En L. Suárez Guava, Ed. *Cosas vivas. Antropología de objetos, sustancias y potencias*. 325-354. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

DECEL (s.f.). Temper. En Diccionario Etimológico Castellano en Línea. Recuperado el 8 de febrero del 2021, de <http://etimologias.dechile.net/PIE/?temp>

DECEL (s.f.). Tempus. En Diccionario Etimológico Castellano en Línea. Recuperado el 8 de febrero del 2021, de <http://etimologias.dechile.net/PIE/?temp>

DECEL (s.f.). Temperamento. En Diccionario Etimológico Castellano en Línea. Recuperado el 19 de diciembre del 2020, de <http://etimologias.dechile.net/?temperamento>

EcuRed (s.f.). Tiempo atmosférico. En EcuRed. Recuperado el 9 de febrero de 2021, de https://www.ecured.cu/Tiempo_atmosf%C3%A9rico

Evans-Pritchard, E. (1977). El tiempo y el espacio. En *Los Nuer*. Anagrama.

Gell, A. (1992). *The anthropology of time. Cultural constructions of temporal maps and images*. Berg Publishers Limited. Princeton Academic Press.

Grebe, M. Ester (1987). Concepción del tiempo en la cultura mapuche. *Revista Chilena de Antropología*, 0 (6), 59-74. doi:10.5354/0719-1472.1987.17625

Grebe, M. Ester (1987). Reflexiones Antropológicas sobre Temporalidad. *Lenguas Modernas*, 0 (14), 163-171.
<http://www.lenguasmodernas.uchile.cl/index.php/LM/article/view/45856/47880>

Grebe, M. Ester (1990). Concepción del tiempo en la cultura aymara: representaciones icónicas, cognición y simbolismo. *Revista Chilena de Antropología*, 0 (9), 63-81. doi:10.5354/0719-1472.1990.17586

Grebe, M. Ester (1990). Etnomodelos: una propuesta metodológica para la comprensión etnográfica. *Revista de Sociología*, 0 (5), 105-114. doi:10.5354/0719529X.1990.27605

Haraway, D. (2017). *Manifiesto de las especies de compañía: Perros, gentes y otredad significativa*. Traducido por Isabel Mellén. Bocavulvaria ediciones.

Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chuthuluceno*. Traducido por Helen Torres. Editorial Consonni.

Hubert, H. & Mauss, M. (1949). Estudio somero de las representaciones del tiempo en la magia y la religión. En Hubert, H. & Mauss, M. *Magia y sacrificio en la historia de las religiones*. Traducción de Eduardo Warschaver. Lautaro.

Ingold, T. (2018 [2015]). *La vida de las líneas*. Traducido por Ana Stevenson. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Publicacions URV.

Leach, E. (1971). *Dos ensayos sobre las representaciones simbólicas del tiempo*. En *Replanteamiento de la antropología*. Traducido de José Llobera. Seix Barral

Lorente y Fernández, D. (2011). *La razzia cósmica. Una concepción nahua sobre el clima. Deidades del agua y graniceros en la Sierra de Texcoco*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Malinowski, B. (1927). Lunar and Seasonal Calendar in the Trobriands. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 57, 203-215.

Marulanda, D. (2020). *La vida como andadera y el trabajo como conquista del agua. Indagaciones sobre el mundo con una familia embera chamí del Risaralda*. (Tesis de maestría en Ecología Humana y Saberes Ambientales, sin publicar). Universidad de Caldas.

Mauss, M. & Beuchat, M. (1971). Ensayo sobre las variaciones estacionales en las sociedades esquimales. Un estudio sobre la morfología social. En *Sociología y Antropología*. Editorial Tecnos.

Meteorología y climatología de Navarra (s.f.). Tiempo. En Definiciones de Meteorología y climatología de Navarra. Recuperado el 3 de marzo, 2021, de <http://meteo.navarra.es/definiciones/diferenciaTiempoClima.cfm#:~:text=Los%20dos%20se%20refieren%20a,un%20periodo%20de%20muchos%20a%C3%B1os.&text=Los%20meteor%C3%B3logos%20predicen%20el%20tiempo,hacer%20en%20los%20pr%C3%B3ximos%20d%C3%ADas>.

Munn, N. (1992). The cultural anthropology of time: A critical essay. *Annual Review of anthropology*, 21: 93-123.

Quiguntar, Y. (2020) *Los castillos: Santos, fiesteros y crianzas en los Pastos – Resguardo de Guachucal – Nariño*. (Tesis de grado no publicada). Universidad de Caldas.

Real Academia Española. (s.f.). Mezclar. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 10 de enero, 2021, de <https://dle.rae.es/mezclar?m=form>

Real Academia Española. (s.f.). Temperamental. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 10 de enero, 2021, de <https://dle.rae.es/temperamental?m=form>

Real Academia Española. (s.f.). Enredo. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 30 de enero, 2021, de <https://dle.rae.es/enredo?m=form>

Real Academia Española. (s.f.). Estado. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 3 de marzo, 2021, de <https://dle.rae.es/estado>

Real Academia Española. (s.f.). Flexible. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 30 de enero, 2021, de <https://dle.rae.es/flexible?m=form>

Real Academia Española. (s.f.). Temperamento. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 6 de febrero, 2021, de <https://dle.rae.es/habilidad?m=form>

Real Academia Española. (s.f.). Resabiado. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 3 de marzo, 2021, de <https://dle.rae.es/resabiado>

Real Academia Española. (s.f.). Ingenuidad. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 3 de marzo, 2021, de <https://dle.rae.es/ingenuidad>

Real Academia Española. (s.f.). Desabrido. En Diccionario de la lengua española. Recuperado el 3 de marzo, 2021, de <https://dle.rae.es/desabrido>

Rodríguez Suárez, A. (2020). *Resolver y andar en junta en un mundo que tatea. Antropología de la vida campesina en San Bernardo, Cundinamarca*. (Tesis de grado). Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

Sánchez Guapacha, G. (2020). *El mundo les canta a ellos y ellos le cantan al mundo. Una etnografía con los sikuni de Puerto Gaitán*. (Tesis de grado no publicada). Universidad de Caldas.

Suárez Guava, L. A. (2003). *El tiempo entre los inga de Bogotá. Una experiencia etnográfica*. Bogotá, Colombia: Serie Encuentros, Colección Mejores Trabajos de Grado, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Suárez Guava, L.A. (2008). *El anciano cojo y la dama esquiva. Notas para la antropología del tiempo de occidente*. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad Externado de Colombia.

Terradas, I. (1998). CIRCA. Antropología del tiempo y la inexactitud. *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 14, 233-253.

Ulloa, A. (2014). Dimensiones culturales del clima: Indicadores y predicciones entre pobladores locales en Colombia. *Revista Cubana de Antropología Sociocultural*, 6, 17-32.

Van den Berg, H. (1989). "La tierra no da así no más" *Los ritos agrícolas en la religión de los aymara-cristianos de los Andes*. CEDLA (Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario).

Vasco, L.G. (2010). Recoger los conceptos en la vida: una metodología de investigación solidaria. Luis Guillermo Vasco Uribe. <http://www.luguiva.net/articulos/detalle.aspx?id=85>